

### 33. BELISARIO BETANCUR

(1923- ). Abogado, periodista, profesor, político y diplomático. Estudios secundarios en el Seminario de Misiones (Yarumal). Abogado de la Universidad Pontificia Bolivariana (1947) de Medellín. Especializaciones en economía y en sociología en universidades de Estados Unidos y Francia. Varias veces representante y senador. Delegado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1953. Presidente del Directorio Nacional Conservador (1959-60). Ejerció el periodismo como gerente de *La Defensa* (Medellín), subdirector de *Semana*, director de *El Siglo* y fundador de la revista *Prometeo* (Bogotá). Ministro del Trabajo (1963). Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Profesor de derecho internacional privado y de derecho constitucional de la citada Facultad y en la Facultad de Derecho de la Universidad La Gran Colombia. Embajador en España. Elegido Presidente de la República para el período 1982-1986. Miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia. En sus obras *A pesar de la pobreza, ¡Despierta, Colombia!* y *Desde otro punto de vista*, pone de relieve su pensamiento político, económico y social.

#### *Necesidad de un Estado justo* (De *Colombia cara a cara*)

Al pueblo hay que darle una certeza moral y jurídica, una certeza en conciencia y una certeza psíquica, de que puede vivir tranquila y ordenadamente en una sociedad en la cual encuentre satisfacción a su deseo de bienestar material, respeto a sus ambiciones de superación espiritual y sentido de solidaridad cristiana que suscite y estimule la suya. Para ello es previa la eliminación de los fac-

tores que configuran amenaza para la comunidad, no en busca de un Estado paternalista sino en procura de un Estado justo. (ps. 37-38).

*Orígenes y desarrollo de la violencia y la manera de exterminarla con el acercamiento tanto de los partidos como del Estado al pueblo*

Estudiosos que han elaborado el síndrome de nuestra ausencia de solidaridad intersocial, afirman que a muchos extremos de la encrucijada en que nos hallamos hemos llegado por culpa de sectores que casi se avergüenzan de ser colombianos, que viven reclusos en un mundo de añoranzas europeas, que se indisponen con el sudor sindical de los grandes núcleos proletarios.

En la urdimbre de nuestra tragedia el rencor político obra poderosamente. Pero hay situaciones locales con su propia mística salvaje. De no pocos poblados en las regiones neurálgicas de la violencia, suelen salir expediciones punitivas que quizá no vivan de esa industria atroz, formadas por gentes enceguecidas por la "guerra santa de los partidos", que buscan vengar la muerte de copartidarios a quienes no conocieron y a quienes identifican políticamente porque cayeron en una zona geográfica que creen pertenencia de su respectivo partido. A veces parece que el discernimiento contuviera la orgía, pero de nuevo se presentan pávidos hechos sangrientos en la ronda de los sacrificios humanos.

Para tal propósito es necesario civilizar las agitaciones públicas, modernizar las herramientas políticas, acercar las capas directivas al pueblo, en forma que todo habitante de la ciudad, de la aldea o del campo, se sienta permanentemente vinculado a las jerarquías, a los programas, a los propósitos de cada sector. Acercar sinceramente los partidos al pueblo, a sus necesidades auténticas, a sus urgencias, a su derecho de educación, de asistencia hospitalaria, de dirección técnica, de crédito barato.

La moral perdida en el turbión del exterminio, ha de presidir las relaciones entre nosotros si aspiramos a ser de nuevo un pueblo que camina a la conquista de su destino.

El Estado debe empezar a llegar al campesino y al obrero urbano, de modo menos pendenciero que hasta ahora, a través de planes reales de vivienda, de escuelas, de carreteras, a efecto de que no se le vea como el enemigo colérico sino como el estimulante de la iniciativa privada, el vigilante del nivel de vida de los asociados, el factor de equilibrio. Necesitará no mayores recursos que ahora sino más adecuada utilización de los mismos.

Y, por sobre todo, seguridad para trabajar, para no temer por la suerte de la familia, para disponer de pequeños patrimonios en parcelas, viviendas y elementos mecánicos. Seguridad para la vida. Seguridad para la subsistencia.

La vida de los pueblos se forja con el ingrediente de sus amargas experiencias y sus júbilos ilesos. No es masa inerte sino viviente juntura de sueños frustrados, de realizadas esperanzas y de ilusiones hacia el porvenir. Vienen desde la historia y hacia ella se dirigen, momento a momento labrando su diamante, día a día reuniendo y ordenando la marcha, año tras año elaborando el difícil metal y dejando atrás la resaca fácil. Tal oficio de creación perenne nos elevaría jactanciosamente: tal oficio ennoblece, porque donde la raíz no fue egregia abre la posibilidad de recrearla con nobles materiales y donde lo fue convoca a depurarla con más limpios ingredientes. Tal oficio, en fin, hace posible que vayamos dejando vestigios, huellas de nosotros mismos, vaciadas sobre la greda que pisamos y la comarca de historia que recorremos.

Hay un dilema inexorable para nosotros: colaborar en el rescate nacional, haciendo una totalidad de su esfuerzo, o quedar envueltos por la explosión de signos anarquizantes que arrasen lo que hemos conseguido como pueblo organizado. (ps. 39-44, 52).

*La ausencia del saber elemental y del saber hacer técnico, en unión del analfabetismo, limitan el progreso*

En el principio fue el sectarismo. En torno del sectarismo empezó a moverse el instinto de defensa. Al sectarismo y a la autodefensa se les agregó un factor económico cuando, en el mercado de

propiedad raíz, se montó un negocio de tierras cuya consolidación estaba condicionada a la perdurabilidad de la violencia.

A perpetuar esta trama de intereses creados contribuían otros ingredientes: rencores heredados o surgidos de las interrelaciones de los grupos sociales; frustraciones de la provincia y del campo cuyo único escape en el afianzamiento de su personalidad, era el camino arisco que conduce al peligro; la lacra secular del gamonalismo lugareño, dispensador o denegador sin instancia de los gajes mínimos del bienestar; un proceso de descristianización, a partir del predominio de un aparato formal sobre la sustancia evangélica; pequeñas grandes injusticias perpetradas sin apelación posible; una armazón administrativa jactanciosa e ineficaz, discriminadora en la aplicación de la norma según los intereses en juego y de acuerdo con la respectiva catalogación económica o social; servicios públicos precarios, cuando no inexistentes o ruinosos; un tratamiento inequitativo entre los sectores urbano y rural de la población con desmedro de las comunidades campesinas; en la mayoría de los casos, un ámbito exilial determinado por la naturaleza inclemente, por el alcohol como arbitrio fiscal y por la prostitución incontrolada.

El antagonismo creado por una clase campesina que se traslada a los poblados para superar su *status* y entra en fricción con otra clase urbana que se siente al borde del desplazamiento; la toma de conciencia en desposeídos que de repente empiezan a encontrar el alfabeto y a acercarse a las transformaciones contemporáneas en el Asia y en el Africa y en América por medio del transistor, y a descubrir que su existencia infrahumana no es designio de Dios ni condena de un destino ciego porque podría elevarse si tienen vías de comunicación, si los precios de los productos están garantizados, si disponen de crédito, si se les amplía la parcela; y a saber que no siempre las cosechas se pierden por castigo del cielo sino a veces por carencia de fungicidas y de matamalezas; toda la urdimbre de aconteceres que mueven a las pequeñas y a las grandes comunidades, aumentaban el malestar en los campos, cuya expresión ha sido la violencia.

Este cuadro de tensiones viene dominado por una constante: la ignorancia. De la raíz de nuestros males presentes y pretéritos emerge como deidad de nuestro trágico ser, esa figura insaciable

que ata los espíritus a la noria implacablemente rectora de nuestros diseños. La ausencia del saber elemental y del saber hacer técnico, unida al analfabetismo que, día a día, atrapa a nuevos sectores humanos, son limitativos del progreso.

Por otra parte, reconozcamos que la cultura no ha sido aquí una vivencia, sino apenas nomenclatura de erudición. Hemos carecido de capacidad analítica y reflexiva, de aquella *inspectio* que exalta el humanismo. El compatriota ha gastado tiempo y capacidad y dinero en los alrededores de los problemas, sin excavar hasta los orígenes. Los cuales se remontan a la educación deficiente del pueblo, cuando se le ha dado; y a la ignorancia, donde no llegan los rudimentos pedagógicos.

El desarrollo de un país tiene una unidad de medida, que no es la capacidad de absorción de bienes de lujo, ni el automóvil aerodinámico, ni la televisión en colores; lo es la capacidad de producción de bienes de consumo duradero y de bienes de capital; y, en suma, el ingreso real de los habitantes. Es ilusorio decir que el ingreso real *per cápita* se logra por medio de alzas de salarios, que brillan ante los ojos perplejos del proletario, pero desaparecen, devorados por la espiral de la inflación; menos fulgurante pero más realista es pensar en que a esa elevación sólo se llega mediante inversiones crecientes en bienes de capital que aumenten la productividad, como vías públicas, equipo de transporte, electrificación, producción de hierro y acero, maquinaria, asistencia hospitalaria, mano de obra calificada. (ps. 102-104, 112).

### *Desarrollo económico sin sindicalización es un contrasentido*

El movimiento sindical de los tiempos modernos ha encontrado su punto de gravitación. Hace de la autonomía de la voluntad, de la libertad, de la inconformidad ante el resabio anacrónico, de la unidad, sus cánones fundamentales. Las organizaciones políticas no pueden prescindir de esta fuerza e incorporan a su pensamiento el de los sindicatos; éstos extraen su mayor poderío de la afirmación beligerante pero reflexiva de su misión. Participan, tienen que participar, en la gestión pública: lo hacen en nombre de programas en que resumen el anhelo de sus adherentes, alineados en todas las

vertientes de pensamiento pero solidarios en la causa que los sindicaliza. ¿Y cómo ser indiferentes a la política de precios, de importaciones, de exportaciones, de subsidios, de impuestos, de vías públicas, de moneda, si inciden en la vida misma de los asalariados? La clave está en el modo de esa intervención, y en no repetir el doloroso curso de servir de instrumento de desordenados apetitos electorales.

Y, simultáneamente, ¿cómo adelantarse un programa de desarrollo económico a espaldas de la fuerza sindical que recoge la masa de consumidores y representa el potencial de la mano de obra que imprime el ritmo, la pausa o la aceleración? Desarrollo económico sin sindicalización ha llegado a convertirse en un contrasentido.

Toda sociedad busca bienestar mediante su desarrollo económico, pero va dejando tras sí una serie de desigualdades. El caso se vincula a la organización misma de los países atrasados, en los cuales existe tendencia a la ostentación, a la vida fácil, al poder simbólico representado en una posición pública visible, en un réfulgente automóvil, en un traje costoso. No se aspira a que de allí se descienda sino a que haya correlación entre las posibilidades de la Nación como totalidad, y tales manifestaciones, mientras los trabajadores menos favorecidos deben formar un tropel silencioso al que llega apenas el rumor de los grandes beneficios. (ps. 160-161).

### *El pueblo necesita, antes que todo lo demás, vivir*

El pueblo necesita, antes que todo lo demás, vivir. Y el deber de la clase dirigente es, antes que todo lo demás, velar por que esa vida no languidezca. El espectáculo de un desfile formidable de planes de electrificación, de carreteras, de crecimiento en los sectores primario y secundario, puede coexistir y debe coexistir con el de un gran empeño en la lucha contra la desnutrición, contra el analfabetismo, contra la carencia de vivienda, contra el consumo de aguas contaminadas. El aumento de la tasa de capitalización, punto de partida de todo propósito severo de desarrollo económico, no debe crear al pueblo espejismos ilusorios de su progreso como entidad humana. (ps. 167-168).

*La marcha del hombre señala el camino  
de la humanidad hacia el bienestar*

El pueblo ha entrado en escena en América, arrollando las superestructuras que retardan su ascenso. Desde el más refinado intelectual hasta el campesino más tímido, el hombre americano ha encontrado su pensamiento aglutinante. Hemos vivido anclados a una sociedad yerta, que rumia sus odios municipales mientras discurre a su vera el caudal de las grandes transformaciones. Pocas veces las corrientes de opinión han escuchado su pensamiento auténtico, pero empiezan a hacerlo, y a sentirse responsables de su propio destino, del destino de América. Por largos años de resignación cristiana hemos mantenido nuestra pobreza, esperando inútilmente, a veces después de renunciar a una porción de dignidad, que lloviera el maná desde alguna de las formas de paternalismo en turno ante nuestro atraso, o desde alguna de las manifestaciones monopolísticas en acecho ante nuestros recursos, mientras crecía el coeficiente de consumo superfluo en la aristocracia terrateniente y bajaba la capacidad adquisitiva de los tropes de proletarios. Ya nos estamos instalando en formas políticas diferentes, en busca de una integración que vertebral la insuficiencia de cada individualidad colectiva y haga de estos pueblos naciones modernas, como estadio previo a la integración en el plano internacional, solidaria, seria, responsable. No se trata de cambiar un imperialismo por otro, ni de mudar de servilismo, ni de quitarse el traje de un sistema de coloniaje para vestir otro. Ni se trata de seguir agonizando de ternura, de solidaridad y de derecho.

Hemos ido acumulando nociones y datos que incitan a esta integración, pero el espíritu aún no se ha puesto a palpar al ritmo de aquel esquema.

No vamos a vincularnos a nuevas empresas ilusorias. Ni aspiramos a resolver de repente, por arte de magia, el viejo problema de nuestras formas feudales, de nuestra vida pastoril, de nuestra agricultura. La idea de progreso ha sido sometida más de una vez a examen dialéctico y más de una vez se ha llegado a la conclusión de que no puede ser una generalidad súbita. Pero la marcha del hombre, de un hombre en cualquier lugar del mundo, señala el camino de la humanidad hacia el bienestar. Se trata de saber, de

una vez por todas, quién entra y quién no en la milicia de la auténtica libertad. (ps. 189-190).

*El cambio de estructuras*  
(De *El rostro anhelante*)

Como punto de partida, antes que suene el pitazo del arranque, sustentemos en primer lugar un principio simple, casi una perogrullada: no se puede transformar un fenómeno si se conservan intactas las causas que lo producen. No es suficiente, por lo tanto, estar de acuerdo sobre los resultados a que pretende llegar; es necesario ponerse de acuerdo sobre la forma como puede llegarse a ellos.

Ahí radican múltiples problemas políticos. Si se tratara solamente de definir las metas sería muy fácil llegar a un acuerdo casi general, preguntando, por ejemplo, quiénes son partidarios de elevar el nivel de vida de las masas, de liquidar el desempleo, superar la escasez de viviendas y de oportunidades de educación. Las dificultades comienzan cuando se trata de definir los pasos que sería preciso dar para alcanzar esas metas. Esas dificultades proceden de una parte de los intereses que resultarían afectados por las transformaciones que sería preciso operar, y de otra parte de que no es fácil encontrar el camino que conduzca realmente a la realización de los fines propuestos.

Para superar las primeras es preciso aunar un conjunto de fuerzas suficientemente poderoso para vencer la resistencia de los grupos que puedan estar interesados en la conservación de las condiciones que motivan los problemas que se trata de resolver. Para superar las segundas es preciso establecer las condiciones de posibilidad real de la transformación y, ante todo, el orden jerárquico de las diversas partes que integran la estructura de la sociedad, orden que va de las partes condicionantes a las condicionadas. (ps. 18-19).

*La manera como debe formularse la estrategia del cambio de estructuras*

Para superar el desequilibrio entre las necesidades y la capacidad de importar es necesario multiplicar y diversificar las exportacio-

nes, pero sobre todo, crear bienes exportables con un nivel técnico superior y abandonar la dependencia de productos obtenidos con sistemas primitivos de explotación. Son estos productos los que padecen un deterioro crónico en sus precios. La caída del valor de las exportaciones del mundo subdesarrollado no se debe tanto al hecho de que procedan del sector primario, sino al de que continúan produciéndose con sistemas anticuados que involucran altos costos unitarios debido a la baja productividad del trabajo aplicado en ellos, al tiempo que los países avanzados tecnifican su producción en su propio suelo o en las áreas que controlan directamente.

Esa caída se debe también a que los países con baja productividad se lanzan a la exportación de los pocos bienes que pueden ser producidos sin ninguna técnica y que cuentan con una demanda efectiva en el mercado mundial, creando de repente una superproducción que determina el derrumbe de los precios. Los países exportadores de productos procedentes del sector primario, labrados con un nivel técnico alto como Holanda o Australia, no padecen de un deterioro en sus relaciones de intercambio.

Una de las mayores esperanzas en lo que respecta a la diversificación de las exportaciones estriba en la tecnificación de la producción pecuaria. Dentro del actual sistema se pierde aproximadamente el 50 por ciento del valor de la producción y se obtienen productos de baja calidad con altos costos. Estos costos proceden fundamentalmente del sistema de explotación extensiva de tierras cuyo valor es completamente independiente de su productividad actual. De otra parte, en no pocos casos la inversión capitalista en la ganadería se ve desalentada por los altos arriendos que deben ser abonados al propietario latifundista. Es necesario, por tanto, desanimar la inversión especulativa en tierras, romper su concentración improductiva y abaratar su precio.

Tarde o temprano la industria manufacturera tendrá que salir a otros mercados y financiar con sus propias exportaciones al menos una parte de los bienes de capital que importa. El Estado debe otorgar toda clase de estímulos y facilidades a las industrias que comienzan a generar divisas, porque son ellas las que pueden escapar a las peores limitaciones de nuestra estructura y colaboran a su superación. Asimismo, es preciso insistir en la vieja política de sus-

titución de importaciones y enmendar su incoherencia, puesto que mientras se busca extenderla a los bienes intermedios y a ciertos bienes de capital, se opera al contrario una sustitución de capacidad potencial doméstica por importaciones de excedentes extranjeros, so pretexto de que nos los envían a bajos precios, al fiado y a plazos largos.

La concepción estructuralista del cambio no implica que sólo se pueda actuar con eficacia atacando determinados aspectos de la realidad —los condicionantes mayores— y que toda medida que no se refiera directamente a ellos resulte ineficaz o contraproducente por definición. Lo que esta concepción reclama es que la política económica se formule de manera armónica y sincronizada, que no se establezca, por ejemplo, un régimen tributario en oposición con los propósitos del Estado sobre fomento de la producción, ni se imponga un sistema fiscal que frene el desarrollo económico.

Es indispensable habilitar al Estado para canalizar las divisas disponibles y el crédito hacia la producción: no tiene sentido elaborar planes de desarrollo y fijar metas prioritarias en la producción si no se dispone de un instrumento para llevarlas a cabo o al menos para impulsar su cumplimiento. Como la estructura económica descrita moviliza por sí misma los recursos humanos y económicos que se encuentran a la mano y desalienta su empleo allí donde son más necesarios para la sociedad; y como el interés privado está muy lejos de coincidir aquí con las necesidades fundamentales del desarrollo económico, corresponde al Estado coordinar y promover el desarrollo, para lo cual es indispensable un apoyo popular decidido, lo único que puede permitirle actuar de acuerdo con el interés público, independientemente de los grupos de presión. Sólo así el Estado puede desempeñar una función activa en la vida de la sociedad, en lugar de limitarse a buscar el punto de equilibrio entre los intereses creados que tratan de ponerlo a su servicio. (ps. 31-35).

### *La miseria es una injusticia social*

Asumamos un hecho fundamental de nuestra historia: se acabó para siempre la fe de las gentes en el carácter fatal, providencial o

natural de su miseria. La miseria es, ahora, no sólo objetivamente sino también subjetivamente, una injusticia. Si en el trayecto inicial del desarrollo eran frecuentes los nuevos ricos, ahora son innumerables los nuevos pobres, no porque éstos hayan sido ricos antes sino porque ya no se resignan a ser pobres en la manera que lo fueron sus padres: en este instante cargado de presagios, la pobreza no es una repetición sino una realidad insoportable para los centenares de miles de desocupados que deambulan por nuestros campos y ciudades. (p. 36).

### *La reforma agraria crea la paz social*

La historia de todos los movimientos agrarios triunfantes es la de una larga y sólida paz social que los campesinos identifican con sus nuevas formas de vida, con su alfabetización, con la salud, el crédito, las obras de infraestructura como centrales hidroeléctricas, ferrocarriles, carreteras, con la seguridad personal y familiar.

Pues bien, nos aproximamos a una disyuntiva en la que tendremos que decidir entre el respeto por los intereses establecidos, que puede tener consecuencias explosivas, o un reformismo audaz, única esperanza de evolución pacífica.

Los hechos objetivos son ahora potencialmente más violentos en América Latina que los actos políticos mediante los cuales se pretende sucedáneos paternalistas o rechazo total de la reforma agraria. Ya no hay manera de defender la injusticia con el pretexto de la paz social. La verdadera adhesión a los principios del orden sólo puede ser comprendida hoy en América Latina como un combate decidido contra el desorden imperante. (ps. 70-71).

### *La violencia se presenta donde hay desalojo masivo de la tierra*

Sin duda el fenómeno de la violencia es complejo y se mezclan en él inextricablemente las causas económicas y las políticas; pero es igualmente indudable que ese desalojo masivo constituye una de sus causas fundamentales. Si se observa el país en su conjunto resulta evidente que allí donde las causas políticas de la violencia fueron exclusivas, el fenómeno de la violencia pudo tener soluciones de orden político. Allí donde no se dieron estas causas políti-

cas y donde no existía un numeroso campesinado minifundista y pequeño propietario que fuera a ser desalojado por la competencia de las nuevas técnicas, el fenómeno de la violencia simplemente no se presentó, ni tampoco en regiones típicamente minifundistas en las cuales no hubo un desarrollo importante de la agricultura capitalista. (p. 77).

### *Sobre el control de natalidad*

Por lo demás, el control de la natalidad se justifica cuando es objetivamente imposible dentro de los recursos naturales y económicos de un país, dar a su población un nivel de vida digno, pero no es posible impulsar su limitación por el hecho de que la población no puede alcanzar un buen nivel de vida dentro de una organización económica irracional e injusta. Cuando importantes recursos de capital se emplean en la especulación o se fugan en forma de divisas, cuando grandes extensiones de tierra permanecen incultas en espera de valorización, no puede decirse que sobran hombres sino que faltan empleos, como no puede decirse que sobran niños sino que faltan escuelas.

Más que poner el acento en el excedente de población, preferirían ponerlo en el excedente de capital especulativo y parasitario. Más bien que poner el acento en el exceso de bocas y estómagos, preferiríamos ponerlo en las limitaciones de nuestra producción agropecuaria. Antes que todo, se trata de acelerar nuestro desarrollo económico. (ps. 80-81).

*Ante el reto del desempleo, tanto en el campo como en las ciudades, sólo queda construir una civilización industrial avanzada en un período angustiosamente corto*

El desempleo no es uno de nuestros problemas: es el resultado más dramático del conjunto de nuestras dificultades y de las deficiencias de nuestra estructura económica. Prácticamente todos los otros problemas, tales como la escasez de divisas, la estrechez del mercado interior, la inflación, pueden considerarse otras tantas causas del desempleo, causas que conviene mirar a la luz de este

efecto para tener presente su gravedad y para tener el valor de aceptar los costos que pueda significar su superación.

Resulta inútil tratar de remontar la corriente de los tiempos. Es imposible regresar a la industria familiar, desarrollar la artesanía y tratar de conservar los sistemas coloniales en la agricultura. Hay que aceptar la exigencia que la historia contemporánea plantea a nuestra Nación: construir una civilización industrial avanzada en un período angustiosamente corto. Para ponerse a la altura de esta tarea el Estado tiene que ser hoy, en países como el nuestro, a la vez mucho más interventor y mucho más democrático de lo que fue en la época de la revolución industrial europea. Más interventor porque ya no puede esperarse que la sociedad encuentre espontáneamente el camino hacia el desarrollo y que la economía librada al juego de los intereses privados garantice el crecimiento productivo. Y más democrático, porque ahora tendrá que apoyarse firmemente en las masas populares para producir la transformación que la Nación necesita.

Cerca de 200.000 trabajadores se presentan anualmente en busca de trabajo en nuestras ciudades. Muchos otros incrementan la oferta de brazos en el campo. Su presencia amenaza la estabilidad de los trabajadores que hoy están empleados. La tarea que se nos impone consiste en obtener para ellos una ocupación productiva y remunerativa. Ningún sacrificio puede ser más costoso que nuestro fracaso en esta tarea. El futuro de estas gentes es nuestro futuro. Su desesperación será nuestra desesperación.

Por lo mismo, su alegría será también nuestra alegría: la alegría de saber que estamos construyendo una nueva patria, con los materiales que el pasado nos legó, azarosos y maltrechos, pero también con las experiencias que nos han dejado, con la fe profunda que alentamos en un futuro mejor para nuestros hijos. (ps. 83-84).

*De cómo se define un partido político*  
(De *A pesar de la pobreza*)

Nada más complejo, teórica y prácticamente, que combinar la sujeción a los principios con las necesidades de la acción.

Un partido político se define de una doble manera:

a) Por sus principios más generales, que podrían considerarse como sus posiciones filosóficas; y

b) Por el diagnóstico que haga y las soluciones que formule en relación con la presente realidad económica y social, diagnóstico y soluciones que constituyen sus posiciones propiamente políticas: porque mirar cara a cara y sin resignación el presente es la mejor manera de empezar a ganarse el porvenir.

Todo partido político puede considerarse así como una toma de posición filosófica realizada al nivel de los principios, y como una toma de posición política realizada al nivel de programas de acción.

Ponerles epitafio a los partidos es una simpleza. Los partidos políticos no son ni olla ni sarcófago, ni osario donde se mantengan embalsamadas las glorias nacionales, ni tampoco solamente una doctrina de novelorías. Viven de eficacia. Mueren de ineficacia. Los partidos son instrumentos dinámicos para, desde el gobierno o desde la oposición, avanzar hacia el bien común. En la medida en que sean notabilidades embalsamadas o simples escaparates de exhibición de la última minifalda ideológica, o solamente trincheras de odio, pueden producir aquel efecto premonitorio señalado por don Mariano José de Larra un siglo antes de la guerra civil de su patria, cuando escribió: "Aquí yace media España; murió de la otra media". (ps. 36, 49).

*Se precisa la educación para saber quiénes somos y definir la ruta que corresponde a la realidad de nuestro ser social*

Buscamos a la nación y empezamos a encontrarla en nuestro dis-sentimiento, en nuestra inconformidad, en este no resignarnos a ser como venimos siendo y en el esfuerzo por llegar a ser lo que otros ya han podido ser, lo que también nosotros podemos ser. No pretendemos mudarnos de nosotros y hacernos a imagen y semejanza de los norteamericanos o los rusos. No: queremos hacernos a imagen y semejanza de nosotros mismos, colombianos, latinoamericanos, mestizos, mulatos, tropicales.

Por lo mismo, navegamos por la ruta que conviene a nuestra propia identidad, en las aguas de nuestro ser. Nos hemos puesto en camino para convertirnos en peregrinos hacia nuestra autenticidad y hacia nuestra verdad, artífices de nuestro propio destino como dice Paulo VI. (Véase *Populorum progressio*, No. 65).

Ahora bien: para descubrir el camino que conviene a la realidad específica de nuestro ser social no basta pedir consejo al corazón. Es preciso una mirada instruída, un sentimiento cultivado, una pasión y una fidelidad que en cierta forma se confundan con un saber. Para definir la realidad psicológica, caracteriológica y moral de nuestro pueblo y señalarle los caminos en los que su búsqueda de una superación no sólo sea viable sino también auténtica, es preciso que el afecto profundo con que adherimos a nuestros compatriotas constituya un sentimiento esclarecido, una animación que no nos enceguezca para el justiprecio de sus méritos y de sus defectos, de sus potencialidades y necesidades.

El instrumento que nos permita convertir en saber la pasión con que adherimos a los propósitos de nuestro pueblo, es conocido: la educación.

El camino de la superación social, las transformaciones que un pueblo debe introducir en el seno de las estructuras económicas, sociales y políticas que dan marco a su existencia, deben igualmente inspirarse en el sentimiento solidario de la necesidad de un futuro mejor.

Sin embargo, cuando se trata de remodelar el cuerpo de la sociedad y de modificar las condiciones de existencia de un pueblo, no bastan los sentimientos de solidaridad con los oprimidos, no es suficiente el abrazo a las gentes sobre las que descansan con un peso agobiador las estructuras obsoletas. Ni siquiera basta compartir los vagos sentimientos de protesta de aquellas gentes sobre las cuales la inhumanidad de los sistemas sociales despliega efectos soterrados.

Para saber quiénes somos y definir la ruta que corresponde a la realidad de nuestro ser social, es preciso la educación. Para trazar el camino específico que debemos recorrer y para contar con los medios humanos, técnicos y materiales, que reclama el tránsito de ese camino, es preciso también la educación.

Por aquí llegamos a las posibilidades de transformación de los elementos de la naturaleza mediante la capacitación del hombre. Y ¿cómo se capacita? Estudiando. ¿Cómo entiende que tiene que ahorrar? Educándose. ¿Cómo se desgasta menos en la fábrica o en el campo? Capacitándose, calificándose en la respectiva labor.

Por donde quiera que se mire, el proceso de producción conduce a consideraciones educacionales como claves en su crecimiento. Y por donde quiera que se mire el panorama político-social, se llega a la misma desembocadura: a la educación. Si vastas masas de campesinos que han crecido al margen de la ley y bajo la acción de sistemas de violencia que padecían o que ejercían, tuvieran acceso a los rudimentos de la enseñanza, quizá trocarían sus preocupaciones homicidas por más creadores propósitos. (ps. 56-57, 75).

*Los municipios aislados hay que lanzarlos a la intercomunicación, unión y cooperación de empresa con sus semejantes regionales*

Casi quinientos años de vida municipal arrojan una experiencia riquísima en aciertos y errores. Se sabe, por ejemplo, que la sola configuración institucional de cabildos, alcaldes, corregidores, comisarios, apenas forman una envoltura político-administrativa que difícilmente abarca la totalidad operativa del complejo municipal moderno, conmovido por una problemática bien distinta a la de aquellos villorrios coloniales, algunos de ellos galardonados con el pomposo título de "ciudad muy noble y leal", deparado graciosamente por el monarca de España.

Esa envoltura, aún apta aunque a veces harto achacosa para mantener una mínima infraestructura política de la municipalidad, carece en la mayoría de los casos de los instrumentos adecuados para encarar las nuevas y perentorias exigencias de una comunidad moderna. Aún más: carecerá sempiternamente de esos medios si se toma a la comunidad como ente autárquico, separado de sus congéneres y aislado del mundo exterior; o, como se dice vulgarmente, "cerrado y trancado por dentro".

Queremos decir que es necesario hacer trizas los cerrojos del aislamiento, que es necesario abrir de par en par las puertas y airear el

ámbito viciado de nuestros pueblos. Que se requiere lanzarlos a una etapa de intercomunicación, de unión y de cooperación de empresa con sus semejantes regionales, en la cual haya una equitativa distribución de los recursos naturales de que dispone cada uno y un racional aprovechamiento de las energías de las partes para beneficio del todo. Que es urgente nivelar los desequilibrios intermunicipales en aras del bienestar regional, y que semejante tarea —que debe ser el punto de partida hacia un diferente y más próspero ciclo de la vida municipal—, demanda la formación de una nueva conciencia que sólo puede darse en el municipio colombiano, fuente inmanente de la nacionalidad, raíz pura de la patria. (ps. 100-101).

*La ayuda externa no es fórmula mágica para los males de las áreas pobres, porque apenas constituye un aporte para la aceleración del desarrollo*  
(De *La ayuda externa*)

El análisis de las actuales condiciones del desarrollo mundial indica que la dependencia externa es fenómeno concurrente en cualquiera de las alternativas posibles para la sola existencia de cualquier grupo nacional. La insularidad es simplemente utópica y ni siquiera se concibe ya como fenómeno socialmente posible. Las potencias dominantes lo son en función de factores inherentes no sólo a su propia dinámica interna sino también a puntos de referencia externos, sin los cuales posiblemente ellas mismas perderían en algún grado su capacidad decisoria.

Los países pobres son tales justamente en función de la dependencia externa, no solamente por lo que no han podido llegar a ser, sino también porque lo que son, simplemente para subsistir, lo deben en buena parte a las “concesiones” o “dádivas” de cualquiera de las naciones poderosas de turno y muy poco posiblemente a su propia potencialidad interna.

Hay que partir, entonces, de los presupuestos anteriores para no incurrir en la frecuente confusión de quienes pretenden establecer términos extremos para definir pautas al desarrollo de los países atrasados. El factor de interdependencia es, en tal forma, esencial

para subsistir, pero su bondad desde el punto de vista del desarrollo integral dependerá de lo que ella aporte al reforzamiento de las estructuras nacionales.

La ayuda externa, como fenómeno que hemos pretendido analizar desde distintos ángulos, forma parte esencial de este fenómeno de interdependencia y como tal debe mirarse desde varios puntos de vista:

1) ¿Puede la ayuda externa acomodarse a un proceso racional de desarrollo dependiente pero acorde con el fortalecimiento de las estructuras nacionales?

2) ¿Puede la ayuda externa por sí sola suplir la voluntad de los grupos nacionales para lograr el desarrollo?

A la primera pregunta habría que contestar definitivamente en forma positiva porque sería iluso pretender que el atraso fuera superado a tientas, sin percibir siquiera la enseñanza de las comunidades que ya hicieron el tránsito a sociedades avanzadas y sin combinar recursos generados internamente con el aporte venido desde afuera. Desconocer tales hechos constituiría por sí solo grave riesgo de incurrir en el desperdicio imperdonable de lo que ya se tiene y eso sólo sería el primer síntoma relevante del propio subdesarrollo cultural y económico.

Sin embargo, tan osado como querer desconocer la influencia que puede tener la ayuda financiera y técnica como uno de los componentes más importantes en el hecho de la interdependencia externa, sería atribuir a tal ayuda el poder mágico de provocar por sí sola la aceleración del desarrollo y ni siquiera el mantenimiento de un ritmo de subsistencia. No es la ayuda, ni puede serlo, panacea ni fórmula mágica para los males de las áreas pobres. Puede ciertamente variar su efectividad en función del mayor o menor grado de adecuación interna para el desarrollo, o de la mayor o menor decisión existente en los grupos nacionales para asumir la responsabilidad de los cambios estructurales necesarios. (ps. 85-86).

*En el desarrollo hay que dar prioridad a la producción agrícola y evitar la "desnacionalización de patrimonios nacionales"*

En el campo de las prioridades para el desarrollo debe ocupar el primer lugar el esfuerzo por el acelerado incremento de la producción agrícola. En este sentido el país ha realizado una tarea formidable, cuyos efectos veremos intensamente reflejados en un plazo relativamente corto, cuando las obras de infraestructura actualmente en proceso sean terminadas. Las necesidades de alimentos y de materias primas de origen agrícola deberán ser satisfechas si se quiere dar el paso adelante en el real incremento del bienestar y se aspira a una plena armonización de la potencialidad productiva nacional.

No se trata en forma alguna de menospreciar el papel que debe jugar la industrialización en el proceso del desarrollo. Sin embargo, todos sabemos que muchas veces se ha incurrido en sobreestimación de ese papel y que, como consecuencia, se han provocado distorsiones y desperdicios que a la larga han retardado el paso hacia metas de mejor bienestar.

El acento de la industrialización deberá, entonces, combinar las reales posibilidades derivadas del ahorro disponible con las mayores urgencias de una población que apenas sale de niveles críticos de subalimentación y desempleo. Romper las rígidas estructuras de tenencia y explotación de la tierra constituye, por otro lado, al primer paso para superar el círculo vicioso de la pobreza y abrir horizontes con más luz a una de las porciones más numerosas de la población marginada.

Pero el gran esfuerzo deberá buscar la movilización de los factores más dinámicos y la exploración de aquellos ámbitos de la economía social donde las propias necesidades apremiantes pueden señalar al mismo tiempo las mayores ventajas estratégicas para impulsar el desarrollo. Los modelos alternativos pueden ser muchos, pero su mayor o menor efectividad dependerán básicamente de su grado de aproximación a la realidad de cada país y a sus estructuras peculiares.

Es posible que tengamos que decidimos por modelos de desarrollo que vayan más a los cambios estructurales aunque desprovistos

de espectacularidades estadísticas, si queremos que la gran masa nacional marginada del progreso entre definitivamente a participar de los beneficios hasta ahora deparados sólo a sectores privilegiados de la población.

Puede ser que la rápida absorción de los recursos ociosos del país llegue a pasar inadvertida por mucho tiempo y que sea más atractivo poder presentar multiplicadas las cifras de nuevas inversiones industriales o de cierto tipo de infraestructura, mientras lo ya existente se mantiene a niveles de baja utilización.

De igual manera podría afirmarse que cierto tipo de infraestructura, especialmente agraria, debería absorber parte considerable de la inversión pública, aunque sus resultados no sean tan susceptibles de convertirse en arma efectiva de propaganda, como sí pueden serlo algunas inversiones sofisticadas más próximas a los centros de mayor desarrollo.

Lo anterior lleva a concluir que la gran necesidad de los países en desarrollo no está en crear aparentes fachadas, posiblemente con pomposas arandelas de inversiones extranjeras detrás de las cuales avanza la paulatina “desnacionalización de patrimonios nacionales”, o que escondan el afán de acrecer ciertas estadísticas de prestigio. Debemos taladrar hasta la entraña misma del organismo nacional para vincular efectivamente al desarrollo integral y armonizado del país, hasta al más anónimo habitante de sus áreas marginales. (ps. 94-96).

*La multilateralización de la ayuda elimina muchas fallas tanto en el préstamo como en la aplicación al medio en que se va a invertir*

Parece claro que si la ayuda bilateral no representa vehículo adecuado para las necesidades del subdesarrollo, ni brindan respuesta adecuada a las nuevas realidades del mundo, una solución multilateral eliminaría al menos muchas de las fallas evidentes que aquella encierra. Es evidente, además, que la mejor garantía de eficiencia en la utilización de los recursos comprometidos se logra por este medio, ya que la experiencia indica que —dentro de las presentes

modalidades de ayuda—, la malversación de fondos o la simple ineficiencia en su aprovechamiento se resuelven por la vía del entendimiento político o de contraprestaciones que satisfagan las motivaciones puramente estratégicas de la potencia acreedora.

Hay, además, un serio peligro en brindar piso a gobiernos ineptos para convertir crisis internas derivadas de su misma incapacidad o falta de respaldo popular, en problemas de seguridad continental que logren forzar la movilización de providenciales recursos bilaterales de ayuda. El anterior riesgo, y otro igualmente digno de tenerse en cuenta, implícito en el hecho de que la ayuda bilateral ha dado pie para que los países beneficiados achaquen el fracaso en el cumplimiento de los planes a la potencia donante, han llevado a muchos expertos del desarrollo hasta proponer que la responsabilidad principal en el manejo y adjudicación de fondos se deje en manos de los propios países subdesarrollados. (p. 103).

### *El Estado solícito y eficaz debe integrar política y geográficamente a la Nación*

La realidad nuestra ejemplariza sobre la necesidad de la política económica:

a) El Estado debe procurar el empleo racional de las divisas porque de otra manera éstas, ya harto escasas, se utilizarían con fines improductivos y se encarecerían todavía más con la especulación.

b) El Estado debe intervenir en la estructura agrícola para estimular la producción competitiva, porque las posibilidades de acrecer y diversificar las exportaciones, aumentando así el ingreso de divisas, dependen fundamentalmente de la agricultura, pero buena parte de las tierras cultivables permanecen por fuera de la producción y buena parte de la fuerza de trabajo agrícola carece de tierra.

c) El Estado debe adelantar —por medios tributarios y crediticios—, ciertos sectores económicos, porque las esferas de mayor importancia estratégica para el desarrollo de conjunto no son siempre las que más atractivos ofrecen al capital privado y suelen ser las que tienen mayores riesgos como compañeros de viaje.

d) El Estado debe desalentar las formas de especulación y estimular las de producción, porque existen fuerzas y hechos que inciden en sentido contrario —alentando la especulación y desalentando la inversión productiva—, como son la inflación y la estrechez del mercado.

e) El Estado debe tomar en sus propias manos el establecimiento de determinadas industrias cuando éstas son básicas para el desarrollo, no ofrecen de manera inmediata atractivos a la inversión privada y presentan riesgos de gran magnitud.

f) Finalmente, ante la inelasticidad de la demanda de mano de obra en un mercado de trabajo exiguo cuya estrechez es cada vez mayor por la llegada anual de 200.000 nuevos solicitantes de empleo, el Estado no puede cruzarse de brazos y debe crear nuevos frentes de trabajo y estimular aquellas industrias que contribuyan a crearlos.

Todo lo cual quiere decir que el Estado debe integrar: integrar políticamente, integrar geográficamente, estructurar un orden que no sea la simple suma de los componentes sino algo más dinámico, más profundo, más creador.

Se trata de medidas que afectan de manera directa al sector privado, sobre las cuales el empresario a la antigua es posible que tenga salvedades porque quizá guste más de que las fuerzas económicas se dejen al libre flujo de los hechos, pero son asimismo medidas sobre las cuales el hombre de empresa moderno —y aquí el calificativo de *moderno* recibe todo su profundo sentido— debería tener una opinión y adoptar una conducta activa, lo más independiente posible de lo que sus personales intereses parezcan afectarse con tal que reciban beneficio los intereses superiores de la comunidad. La actitud antigua es más cómoda pero más egoísta; la moderna más difícil pero más solidaria. Esta es esforzada; aquella es facilona y bonita, con la bonitura de los bellos, adorables e inútiles jarrones antiguos.

Parafraseando un manido refrán, el empresario moderno no debe mirar la política económica a través de sus callos aunque le duelan. (ps. 126-127).

*Las fuentes doctrinarias del conservatismo*  
(De ¡Despierta, Colombia!)

Para quien ama y respeta la tradición, en el sentido de “transmisión” y de continuidad histórica que Barrès y Maurras daban al término, resulta claro que en los momentos decisivos es necesario volver a las fuentes. Y las fuentes de la doctrina conservadora están contenidas, para nosotros, en el acervo doctrinario del Programa formulado en 1849 por José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez. Pero como la tradición no es inercia, ni reclama de nosotros que, como la mujer de Loth, nos petrifiquemos en un gesto nostálgico por amor al pasado, debemos tomar esos principios y esas doctrinas y enfrentar con ellos las urgencias que nos presenta la vida moderna. Es por eso por lo que con el depurado sentido ético que caracterizó a los fundadores del partido, y rescatando las lecciones de su espíritu, debemos encarnar aquellos principios abstractos, que nunca perderán su vigencia, en programas concretos de acción, que se amolden a las cambiantes necesidades de un país en transición.

Esas circunstancias exigen, por ejemplo, que pongamos en vigencia en una forma activa y real, y no sólo como mero enunciado formal de principios, las doctrinas sociales de la Iglesia, doctrinas que fraguaron los pontífices a la luz de circunstancias sociales distintas a las de la mitad del siglo pasado, y que se refieren a problemas muy concretos, como puede darse cuenta quien estudie con detenimiento el pensamiento contenido en la *Rerum novarum* o en la *Mater et Magistra* y en la *Populorum progressio*. Del mismo modo que este pensamiento cristiano no debe utilizarse con el propósito punible de servir de decoración a declaraciones políticas oportunistas, ni tampoco para convertirlo por errónea interpretación en súbito desestímulo de los creadores de empleo, debe encarnarse en obras que transformen realmente las relaciones humanas y que modifiquen sustancialmente la calidad de la vida del individuo y de la sociedad, en la ordenada marcha de las grandes comunidades hacia formas de existencia decorosas.

Y las circunstancias modernas exigen también que enfrentemos, con espíritu humanista, problemas tan complejos como el del poder concentracionario del Estado. Este poder exige que la tarea de

gobierno se racionalice y se planifique. Pero la planeación no debe ser el producto de una fría especulación, de la manipulación de índices que nada dicen sobre la justicia y sobre la equidad en la distribución de la riqueza, sino que debe basarse sobre el principio del bienestar social y debe crear los mecanismos adecuados de participación democrática, para que el costo social de los proyectos sea revisado por quienes en última instancia van a recibir sus beneficios o van a ser afectados por sus fallas y desajustes.

Dentro de este espíritu de participación que el Estado debe imponerse a sí mismo como contrapeso de los excesos de un burocratismo todopoderoso, corresponde desempeñar un papel de gran importancia a las organizaciones sindicales y campesinas. Una organización sindical y campesina de amplia base democrática, sólida y responsable, es una garantía para preservar al país de una lucha de clases anárquica y violenta que deprimiría el orden sin lograr establecer la justicia y la equidad. La gran masa de trabajadores urbanos y campesinos ya está adquiriendo conciencia de sus derechos y de sus deberes. (ps. 126-128).

*El reparto del bienestar presenta  
desequilibrios que sitúan al país  
en varias edades de la historia*

Ciertamente los niveles de vida han venido aumentando durante los últimos tres decenios a un ritmo notorio. Pero el reparto del bienestar presenta desequilibrios que sitúan al país en varias edades de la historia. Mientras la gran población campesina vive aún en la Edad Media, padeciendo la plétora de inclemencias de un estado social injusto —más que estancado, retrógrado—, la masa proletaria ha alcanzado dentro de la industrialización recién estrenada algunas de las ventajas propias del proceso manufacturero. En el campo y en la ciudad el empleo es insuficiente: en aquél y en ésta los ingresos han estado comprimidos por la crónica inflación de precios; en ambos sectores la estructura de los bienes y servicios (alimento, habitación, vestuario) ofrece los caracteres de la escasez, o presenta cuando menos los estigmas propios de la producción reducida destinada a un exiguo mercado: acumulación de existencias sin salida por la carestía de los productos. (p. 131).

*Los países pobres son los que más necesitan el derecho de trabajo*

Para realizar esta operación distributiva, no tenemos que esperar a que el cúmulo de la renta adquiera magnitudes insospechadas. Sea cual fuere el volumen objeto del reparto, éste puede ser virtualmente justo o injusto. De allí que el derecho de trabajo no sea un lujo que sólo puedan dárselo las comunidades ricas. Por el contrario: son las pobres las que más han menester de su presencia. Entre otras razones, porque en un mundo desequilibrado y de impiedad frente a los desposeídos, la balanza de la justicia social debe mover sus platillos para buscar la justicia siempre y para favorecer a los débiles. (p. 137).

*Los sectores marginales no constituyen una clase social, sino el pueblo anónimo y disperso sin capacidad de iniciativa histórica*

Los sectores marginales de la población están compuestos por proletarios que ni siquiera en calidad de asalariados pueden entrar en contacto con los medios sociales de producción y distribución. No forman así una clase social, y ni siquiera una subclase, sino que conforman el pueblo anónimo y disperso que deambula desesperanzadamente por los campos y se aglomera en la periferia de las ciudades sin servicios, ni higiene, ni educación, ni trabajo. Son desintegrados, en el sentido más estricto de la palabra. No reciben ni el "beneficio" del mercado de trabajo. Con las clases trabajadoras, las relaciones de este pueblo marginado, antes que ser de solidaridad, son relaciones de una competencia de antemano perdida por las deficientes oportunidades de trabajo.

Su inexistencia económica determina, por supuesto, la falta de una conciencia de clase o siquiera de grupo. Fuera de las múltiples tragedias y quejas individuales, que nadie oye y que apenas se conocen cuando su explosividad las hace dignas de la crónica roja de los periódicos, el pueblo marginal no está en situación de reivindicar nada ni de perseguir social o políticamente un fin determinado o una solución específica para sus problemas. Carece así de toda iniciativa histórica, de todo dinamismo, por más que su situación

sea la más desesperada. Los actos de fuerza que ejecuta a veces, buscan imponer una violencia personal incalificada, que en nada modifica la situación social de quien la ejerce. (ps. 145-146).

*Para que los sectores marginales no sean aprovechados por los demagogos se hace indispensable la creación de frentes de trabajo, a la vez que unas inversiones sociales para solucionar la necesidad de educación y de servicios*

Los sectores marginales, de esta manera, ni siquiera pueden tomar prestada la conciencia de clase de los trabajadores.

Pero su situación desesperada mantiene abiertos sus oídos para toda palabra que se dirija a ellos con promesas de cambio. Los aventureros encuentran aquí, siempre, un terreno propicio para sus fines poco claros. Los políticos de la negatividad, que dicen lo que no quieren pero se reservan cuidadosamente lo que quieren, tratan de convertir la ciega desesperación de estos sectores en la fuerza material de su demagogia sin principios.

De la misma manera que en el pequeño tráfico comercial los sectores marginales son las víctimas preferidas de toda suerte de trucos, en la vida política están expuestos a las estafas más despiadadas, en su calidad de fuerzas de choque de causas que no osan decir su nombre y que nada tienen que ver con sus verdaderos intereses.

La energía de los sectores reducidos a la impotencia tiene un carácter irruptivo y sólo conoce las soluciones instantáneas.

Como toda energía sin cauces, la mayor parte del tiempo simplemente no existe, para de pronto brotar catastróficamente por cualquier resquicio. El menor incidente callejero —un agente del orden que sujeta a un criminal— puede producir el estallido. Lo que antes era un sopor en la miseria, una suerte de adormecimiento, abre paso a una verdadera furia popular. Todos los símbolos del poder y la riqueza, de la propiedad, del orden y de la seguridad, son objeto de esta pasión destructiva: ante todo, el muro y el cristal.

El capitalismo se tiene así como destruído en su fachada más superficial y material.

Pero el capitalismo, cualesquiera que sean sus fallas históricas, por más que en su versión subdesarrollada acentúe sus defectos, es un orden social, y sólo puede ser trocado por un movimiento que tenga un orden mínimo y una idea mínima del orden que se trata de instaurar.

Las orgías que de tarde en tarde agotan la energía de la población marginal son tan estériles como aquellas a que se entregan los niños terribles de la burguesía: sólo un poco de vidrios rotos y de edificaciones sucias semidestruídas, que abren transitoriamente un frente de trabajo a aseadores, barrenderos y algunos artesanos calificados.

El Estado, a pesar de sus escasos recursos presupuestales, es mucho lo que puede hacer para mejorar la suerte de estas gentes y por darles la sensación de que pertenecen a un conglomerado humano que vela por cada uno de sus miembros: lo primero es la creación de frentes propios de trabajo y el estímulo para la apertura de nuevos frentes por el sector privado, mediante una política monetaria, tributaria y fiscal que incentive la capitalización y la reinversión.

Solucionar por medio de inversiones sociales el problema de vivienda, de higiene, de servicios, de educación, de una vasta población suburbana que carece de empleo estable, es una empresa que desafía hasta el poderío económico de las más grandes potencias capitalistas, pero es posible dirigir la acción del Estado hacia esos cinturones de miseria y es posible orientar inversiones privadas a partir de toda suerte de exenciones y de otra clase de estímulos.

Hay quienes sostienen que en este campo la inversión social hecha por el Estado no puede ser más que un tibio correctivo, y que la solución sólo podría hallarse mediante modificaciones del orden social y económico que permitan ocupar de manera productiva a la población marginal.

Allí hay todo un desafío. Si se les abandona, es natural que entre ellos fermente una rebeldía contra todo orden, contra toda política. (ps. 147-148).

*Por razones de estrangulamiento externo, el desarrollo industrial choca contra un muro casi infranqueable*

Una buena parte de la solución del problema radica en la dosis de confianza, de voluntad y de empeño que pongamos en resolverlo por nuestros propios medios. Los bloques regionales, amplificadores a escala subcontinental de los exiguos mercados domésticos, son una fórmula que en buena parte contribuye a remediar el mal que he descrito. Y en devolver la confianza a los empresarios para que capitalicen, para que reinviertan, para que abran nuevas fábricas y nuevos ensanches. Confianza en que no les llegarán nuevas y desestimulantes cargas tributarias, confianza en que el Estado no será su enemigo sino su aliado.

Otro tanto debe decirse del capital extranjero, el cual lo necesitamos, pero no para que aniquile el esfuerzo creador del capital nacional, sino para que, en frentes que no estén atendidos por ese capital nacional, se vincule a nuestro desarrollo, cree trabajo, deje técnica. La ambición de todo país del mundo es ese sano nacionalismo que exalte el propio ser nacional, que busque explotar en beneficio de la comunidad los propios recursos, pero que al mismo tiempo respete los compromisos, que no quebrante la buena fe del Estado en las concesiones petrolíferas, si bien procure obtener cada día mayores participaciones para el país y fortalezca las propias empresas nacionales.

Demos una mirada a las causas inmediatas del problema laboral, aproximándonos a sus raíces más profundas. La primera de éstas es el desnivel de desarrollo ofrecido por nuestro país —y por todos los países latinoamericanos— frente a los centros desarrollados del mundo. Esta brecha, en lugar de angostarse, viene ensanchándose constantemente. La mayor apertura de esta diferencia radica en que nosotros, los habitantes de las zonas periféricas, dependemos en gran medida de las ventas y de las compras que les hacemos a los países del mundo desarrollado dentro de un círculo vicioso; necesitamos venderles nuestros productos primarios para poder comprarles los bienes de capital y las materias primas necesarias para acometer rápidamente la industrialización nacional, pero a medida que se deterioran los precios de las ventas que les hacemos, se elevan los precios de los bienes que les compramos. Esta es la nueva

“ley de bronce” de la economía internacional. En presencia de una industria en vía de integración y necesitada de moneda extranjera para poder atender a exigencias y requerimientos de su expansión, y al mismo tiempo ante la escasez crónica de esa moneda por razones del estrangulamiento externo, el desarrollo industrial viene chocando contra un muro casi infranqueable. (ps. 154-155).

*Para el campo se necesita la reforma agraria auténtica y dar educación de aprendizaje profesional adecuada al medio*

Necesitamos en el campo incrementar la reforma agraria auténtica, proporcionar servicios adecuados; dar educación, y no académica u orientada hacia la metodología universitaria, sino del tipo de aprendizaje profesional, existencial, para la faena que deben afrontar estos conglomerados, creando para ello cuantos institutos sean necesarios; y hay que controlar la equidad en las relaciones laborales del campo, el salario, las prestaciones efectivas, hoy abandonadas por causa de la concentración metropolitana de las autoridades competentes. (p. 174).

*Los cuatro puntos de acción gubernamental se concretan en salud, vivienda, educación y empleo*

La concordia política y la paz social sólo se logran si se despejan aquellos factores que han atascado las vías de nuestro progreso en justicia y libertad, si se echan las bases para el mejoramiento de las relaciones entre sí. Por eso, considero que antes que un programa exhaustivo, debemos proponer al país cuatro puntos de acción fundamental, que sean las columnas sobre las que se proyecten todas las acciones específicas de gobierno.

Estos puntos son: salud, vivienda, educación y empleo. (p. 192).

*La descentralización es ante todo una gran operación de planeamiento*

En un país en vías de desarrollo como el nuestro, el proceso de la descongestión central de poder no se reduce solamente a un re-

partimiento de competencias administrativas, ni a distribución de recursos fiscales. Que el gobierno nacional transfiriera parte de sus funciones a la administración seccional, y que el fisco abriera prodigamente sus arcas para el disfrute de las regiones, implicaría a primera vista un hecho muy importante. Sin embargo, ese desprendimiento operativo y pecuniario del centro en beneficio de los departamentos no colma la meta ideal de un equilibrio entre los extremos. El fenómeno discurre por cauces más profundos. La más espléndida prodigalidad central de nada valdría si no estuviera acompañada, o mejor, precedida de un desarrollo armónico de los diferentes territorios de la patria, en función de sus naturales recursos físicos y humanos. La descentralización es ante todo una gran operación de planeamiento merced a la cual, y según los recursos y potencialidades regionalmente disponibles, cada sector debe ser un polo de desarrollo que procure con los restantes igualar las oportunidades de producción, empleo, consumo y bienestar sobre toda la superficie geográfica del país. (p. 209).

### *Sobre qué debe basarse la economía nacional*

Esta economía debe basarse fundamentalmente sobre la protección de nuestra moneda; sobre la preservación de nuestros recursos naturales mediante una explotación racional que no lleve a la destrucción y desnacionalización de nuestro patrimonio y mediante un esfuerzo coordinado de todos los sectores para garantizar un empleo masivo de nuestra capacidad de trabajo.

Está comprobado que una sana política de explotación de los recursos primarios petroleros, mineros, forestales y agrícolas no se opone a la captación de capitales extranjeros, que vengan a trabajar en condiciones de respeto al capital y a las empresas nacionales para conseguir el desarrollo de nuestra riqueza. No preconizaremos una política "chauvinista" y aislacionista, pero queremos dejar muy en claro, que no aceptamos imposiciones, sino que negociaremos sobre bases racionales, sobre bases de dignidad e independencia, que preserven nuestro derecho a ordenar y dirigir la utilización de nuestro patrimonio. (p. 229).

## *Las cooperativas son empresas*

Esto es algo accidental. Tampoco se fundan para acabar con la empresa privada, porque también son empresas privadas. Y no son ciertamente asociaciones de caridad ni nada por el estilo, sino verdaderas empresas, dignas del respeto que por su organización, su cumplimiento, su productividad y la calidad de sus servicios se merezcan ante la opinión pública. Ahí está el meollo de la cuestión: las cooperativas son empresas y como tal deben ser tratadas. Sólo que, creadas para hacer operativa la solidaridad, el ánimo de lucro de unos pocos propietarios se sustituye por los buenos servicios a todos los afiliados, distribuyendo entre los mismos los excedentes de cada ejercicio. Vistas así las cosas, estimular la empresa cooperativa es vincular directamente el pueblo a los procesos económicos necesarios para la satisfacción de sus necesidades. Nadie puede sentirse lesionado por ello, a menos que practique el más cerrado individualismo.

Y no es cierto tampoco que la organización cooperativa sólo pueda aplicarse en pequeñas unidades de distribución, o de ahorro y crédito, o de transportes, casi a nivel parroquial. No; la empresa cooperativa debe aspirar a los más elevados niveles en numerosos campos, tales como la producción manufacturera, los servicios financieros, la vivienda, el transporte, la producción agropecuaria. (ps. 243-244).

## *La democracia de participación*

La democracia de participación no es un mero concepto con el cual se pretenda halagar al pueblo. Es la única forma de llevar a la práctica un estilo de gobierno que administre los bienes y las empresas de la comunidad, sin manipular a los hombres como un rebaño sujeto a la voluntad de un pastor. Implica un cambio en la mentalidad y en las costumbres de los ciudadanos; y un cambio también fundamental en las costumbres burocráticas.

Para que esta participación no resulte irrisoria, es necesario que el Estado dedique parte de sus recursos a fin de ampliar la organización campesina y la organización obrera. Los campesinos, sin

una organización sólida y entregados a sus sentimientos individualistas, fuertemente arraigados, no lograrán que se tengan en cuenta sus aspiraciones, y menos aún que haya una transferencia real del poder político, de las minorías que hoy lo ejercitan a las grandes mayorías organizadas. (ps. 264-265).

*Sociedad y desarrollo*  
(De Desde otro punto de vista)

Es suficiente una definición descriptiva al concepto de sociedad, la cual se entiende como el sentido de aproximación de una comunidad resultante del contacto personal de sus individuos a través de formas de interacción persistentes en el tiempo. Los objetivos de la actividad política del gobierno de dicha sociedad deben ser, aquí una segunda idea de aproximación, lograr y consolidar los patrones de identificación del grupo y procurar su desarrollo material e intelectual, dentro de una idea y una meta de bienestar. El bienestar, inserto como punto de referencia en un modelo de desarrollo, produce una superación del concepto para el cual el desarrollo es un proceso de capitalización económica y asignación indiscriminada de recursos. (p. 132).

*Esbozo de un modelo socialmente equilibrado*

Es vieja ya la discusión sobre la estructura dual de la economía y de nuestra sociedad.

En su dimensión más elemental, el dualismo se concibe como una dicotomía de circunstancias, cuya imagen es la de un país de profundos contrastes, la opulencia frente a la miseria, el acceso privilegiado a la educación frente a la ignorancia y el alfabetismo, las grandes concentraciones industriales frente a los esfuerzos artesanales, la preocupación por el desarrollo metropolitano frente al abandono de las ciudades intermedias.

Dentro de una aproximación más dinámica, los argumentos así expuestos de la escuela dualista encuentran superación en la tesis según la cual existe una interacción recíproca, con efectos retroa-

limentadores, entre estos desajustes o desigualdades. Así una mayor concentración del ingreso se apoya en una agudización de la pobreza y los niveles de subconsumo.

Tal ha de ser el principio para tener en cuenta cuando se elabore un plan de desarrollo que favorezca al 50% más pobre de la población.

No se trata del frío reparto mecánico de lo existente, cuanto del diseño de un modelo social de desarrollo que, sobre la ponderación de las actuales estructuras sociales, diseñe metódica y sistemáticamente un plan social.

De la misma manera como, a partir de un esquema económico, es posible prever los efectos que sobre la balanza cambiaria tiene una restricción interna del crédito para comercio exterior, también es necesario saber la mayor demanda por servicios sociales que genera un determinado proceso migratorio campo-ciudad.

Una reasignación de los recursos socialmente disponibles puede optimizar los resultados que se obtienen de su aplicación ineficiente. Y que luego sí procederá la utilización cautelosa de mecanismos redistribuidores, para lograr la meta de igualdad y justicia. (ps. 139-140).

### *Lo que es el desarrollo*

Definir un concepto general de lo que es el desarrollo no reviste mayor complejidad: como aproximación descriptiva, podemos decir que el desarrollo es un proceso, esto es, una secuencia dinámica reflejada en dos aspectos:

a) *Un crecimiento económico de características autosostenidas* que se percibe gracias a algunos indicadores: tradicionalmente por el aumento del producto bruto, del ingreso *per cápita*, del saldo comercial de la balanza de pagos y de las tasas de formación de ahorro e inversión.

b) *Un mayor bienestar de la comunidad* al mejorar las condiciones de salud, ingreso, educación y cultura de los integrantes del grupo social que se desarrolla. (p. 141).

## *¿Conocemos las bases de nuestra industria?*

Las necesidades financieras se esgrimen corrientemente como las medulares del proceso de desarrollo industrial. Sin embargo, existe la posibilidad de que nos hayamos quedado en la superficie del problema. Y de que, absorbidos en exceso por la urgencia del crédito, hayamos perdido de vista la importancia de resolver problemas de utilidad básica, mucho más trascendentes.

Los seguidores de los clásicos y los parafraseadores de Keynes, se han ocupado demasiado en convencernos de que en nuestras economías "la oferta crea su propia demanda". Principio éste que ha sido el sustento de las políticas de desarrollo aplicadas en los últimos decenios. Con base en él se creyó ciegamente en las amplias posibilidades del "modelo cepaliano" de la formación de capital, heredado de distinguidísimos economistas extranjeros.

Invertir más a cualquier costo, captando recursos del mercado mundial de capitales, sin evaluar la incidencia de los intereses por pagar, los plazos, ni las condiciones de utilización del dinero impuestas por el prestamista; fortificar las inversiones públicas sin evaluar su rentabilidad económica ni su utilidad social, fueron fórmulas presentadas como soluciones salvadoras de nuestro crónico estancamiento. Se insistió tanto en sus efectos bonísimos, que en veces nos preguntamos extrañados el porqué entonces de nuestra crítica situación actual.

Mas ahora, una vez se ha recomendado a estudiar a los clásicos y al mismo Keynes en sus fuentes, vamos conociendo cómo la estructura del desarrollo industrial latinoamericano ha sido levantada en una petición de principio.

En el tipo de economía latinoamericana hay condiciones materiales que se oponen de plano a la utilización de fórmulas que han sido eficaces en otro tipo de naciones. Se pregonó siempre la fórmula de que necesitábamos capital para desarrollarnos. Pero dicha fórmula vino a estrellarse con un tipo de mercado estrecho, de pocos demandantes con alto poder de compra de bienes suntuarios, frente a una mayoría de demandantes con apenas una escasa posibilidad de consumir bienes primarios básicos. El capital resultó necesario, sí, pero para satisfacer la demanda tradicional de bienes suntuarios.

Lo anterior nos sugiere concluir que la mayoría de nuestros consumidores no pueden ahorrar sino una mínima parte de su ingreso. O sea que poseemos lo que los técnicos llaman "economías con una alta propensión marginal a consumir". Este factor vino a unirse a otro no menos importante, para derrotar por su base la concepción tradicional o cepaliana del desarrollo. La escuela tradicional desconoció que la escala de inversiones es en sí misma un cuello de botella. Simplemente porque el mercado de capitales ha sido siempre débil, sujeto ora a políticas monetarias inflacionarias que han afectado la rentabilidad real de la inversión, ora a la inestabilidad de la política misma, que no garantiza la seguridad ni la paz necesarias para solidificar las expectativas de los inversionistas. Se hizo evidente así, en contra de lo que habíamos aceptado, que el impulso económico requería más que del volumen neto de inversión directa, de los estímulos a los consumidores, fortificando su poder de compra. En suma, que era la fortificación de la demanda la que estimularía la oferta y no al contrario.

¿A qué vienen estas digresiones? A aportar algunos instrumentos para comprender adecuadamente las posibilidades objetivas del desarrollo de nuestra base industrial.

Porque cuando la demanda es la que estimula la oferta, ésta viene a depender en últimas del tipo de distribución del ingreso existente en el mercado. La distribución del ingreso es la que determina el tipo de productos que se pueden vender en el mercado. La alternativa para poner en tela de juicio esta tesis, sería dedicar nuestras empresas a producir bienes y servicios que nadie comprara.

Pero hay algo más de fondo: que el ingreso que reciben los consumidores no les viene del cielo: depende del tipo de empleo que tengan. Esto significa que en la raíz del funcionamiento del mercado que han de satisfacer nuestras empresas, se halla como motor, como determinante, la ocupación de los consumidores.

Hagamos en este punto un pequeño esfuerzo de atención. Porque en el entendimiento de estos elementos se encuentran las respuestas que buscamos.

Si el empleo determina el ingreso, éste a la demanda, y la demanda determina los bienes que las empresas han de producir, una

vez que examinemos las bases del empleo en Latinoamérica, sabremos qué debemos y qué no debemos producir. La población económicamente activa de la región, cuya mayoría ha sido subempleada en el campo y en las ciudades, no puede demandar bienes de consumo suntuario, simplemente porque no ganan lo suficiente para pagarlos.

¿Por qué pretender entonces que continuemos orientando con febril desafuero el desarrollo de todo tipo de industrias, sin consultar primero si están diseñadas para producir bienes vendibles? Sobraría sustentar esta argumentación repitiendo aquí las estadísticas que reflejan el dramático estado económico de nuestras naciones, cuando un mínimo porcentaje de la población económicamente activa recibe el máximo porcentaje del ingreso nacional. El hecho generalizado es que la mayoría de los consumidores latinoamericanos está lejos de llegar a demandar gran cantidad de productos, por ejemplo, electrodomésticos, electrónicos y del propio sector automotriz, que han acaparado gran proporción de recursos financieros escasos. ¿Nos revela esto algún criterio para establecer una política de prioridades?

Es evidente entonces que cualquier prospecto de desarrollo industrial en la región, debe consultar criterios de empleo intensivo de los factores abundantes, antes que implementar políticas genéricas de financiamiento. De lo contrario, habría que dudar de su éxito. En el sector que nos concierne: la pequeña y mediana industria rural y urbana, afortunadamente existe consenso acerca de que en él se reúnen muchas claves dinámicas para el desarrollo de la economía en su conjunto.

Dichas claves dinámicas, buscando el empleo de mano de obra en sectores industriales como la construcción, o el procesamiento de productos agropecuarios, por ejemplo, puede generar el rompimiento por su base de la estructura de distribución del ingreso existente hasta hoy. La creación de mayor poder de compra para cada vez mayor número de latinoamericanos, se haría el objetivo de nuestra acción inmediata. (ps. 204-206).

*Con la democracia participante el elector fiscaliza mejor al mandatario y se consolida una mayoría de ideales que relega los sectarismos de partido o de grupo  
(De Cambio, cambio!)*

Políticamente puede hablarse de un “nivel de democracia” para determinar la mayor o menor proximidad de una sociedad a un estado ideal de igualdad entre sus gentes.

Es visible que el sistema político de Colombia incorpora lo que podría definirse como el ABC de cualquier estructura democrática: el derecho al voto, la libre formación de asociaciones y el derecho a la expresión y formulación de peticiones.

Pero en un sentido más extenso, el nivel de democracia depende no solamente de estos reconocimientos formales, sino también del número real de oportunidades que tengan los ciudadanos para intervenir en las decisiones que afectan sus intereses; los canales de expresión para hacer públicos sus anhelos; la competitividad de los partidos como alternativas de poder; los sistemas de organización comunitaria y las formas de acción social conjunta entre el Estado y aquellos.

Oportunidades, canales, organizaciones comunitarias, son ingredientes de un concepto ampliado de participación, en el cual debe apoyarse cualquier intento por una verdadera consolidación democrática.

Para aproximarse a ese ideal, los líderes de los partidos y movimientos suelen hacer llamados a la formación de nuevas mayorías de reflexión, y no mayorías forzosas de confesionalismos cerrados. En los últimos años el país ha vivido transformaciones profundas en su estructura de valores, que han debilitado su “ethos histórico”, su imperativo moral, social. Parece como si al país se le hubiera extraviado su tarjeta de identidad, lo cual presenta la necesidad de ayudarlo a que la encuentre de nuevo.

Para enfrentar el reto de la participación, debemos estar conscientes de que habrá que vencer muchos obstáculos, a fin de que no sólo se propicie la motivación individual hacia el cambio colectivo —una meta tan altruista como necesaria—, sino que además se

remuevan las condiciones de desigualdad económica y social que (trasladadas al terreno político) hacen inequitativo el reparto del poder y de sus beneficios.

La participación así definida, se incorpora al debate partidista como un estímulo de opciones y contrastes. Al final de cuentas, si no existe la posibilidad de escoger, no hay democracia. Y de lo que se trata es de que haya una verdadera *democracia participante*, con muchos nuevos hilos de comunicación a través de los cuales el país refrende las decisiones sobre su suerte y el elector fiscalice el cumplimiento del mandato conferido al gobernante.

El gobierno de participación que resulte de esta concepción de la democracia, evitará la frustración de los planes del Estado por la interpretación arrogante y caprichosa que el mandatario haga de los términos del mandato. Y comprometerá a todos los ciudadanos en una mayoría de ideales más poderosa que todo sectarismo de partido y que todo egoísmo de grupo.

Se ha dicho que la marginalidad social es a la democracia social lo que la marginalidad política es a la democracia política.

La marginalidad política, entendida como la ausencia de posibilidad o deseo en la elección y fiscalización de opciones, es derrotable con fórmulas audaces de participación, que apelen al catalizador de lo que mejor convenga a la conciencia y necesidades de la población. Las ideologías permanecen en sus raíces profundas; sus esencias se decantan; pero sus vivencias se expresan en respuestas concretas para las demandas de la comunidad. El ideologismo entendido como el combate por la idea en sí, cede el paso al pragmatismo o realismo por la idea hecha propuesta concreta sobre educación, salud, vivienda, etc. (ps. 30-32.).

### *La universidad como estructura y como centro crítico de la realidad nacional*

Uno de los fenómenos más sobresalientes de la vida moderna consiste en haber logrado la transformación de lo que tradicionalmente se conocía como la casa del intelecto y de la razón, en símbolo de crítica y de cuestionamiento de la sociedad consuetudina-

ria. La universidad es la institución más controvertida de la sociedad porque la sociedad tradicional está controvertida también. Al tiempo, la universidad es esperanza de que en su seno ha de conseguirse la transformación de un mundo extraño al hombre, en un mundo que le sea receptivo y creador.

Nuestro planeta se ha convertido en un astro joven por oposición al mundo viejo del siglo XIX o del “antiguo régimen”: mundo joven que exige pensamientos nuevos, formas originales de mirar la realidad, cauces diferentes para contener una historia antes gobernada por una racionalidad inferior a las exigencias humanas.

Por el hecho de que el ente universitario y lo que le atañe estén cargados de simbolismo y de mitología emocional, cualquier reflexión sobre su estructura y transformaciones debe llevarse a cabo dentro de los términos de la razón.

Partamos de la base de que la universidad es una estructura, una organización administrativa e intelectual, una forma de vida engastada dentro de un sistema de formas de vida que constituyen la sociedad en su conjunto. Por eso el tratamiento de la cuestión universitaria debe hacerse dentro del contexto general de la realidad, de la historia del país, de sus relaciones sociales y económicas.

Uno de los intentos de mayor coherencia para definir los objetivos de la universidad, es concebirla como expresión del país en todos sus aspectos —su gente, los problemas y anhelos de esa gente, sus recursos y las posibilidades de esos recursos—; es decir, pensar la universidad como centro crítico de la realidad nacional.

A pesar de que esta concepción representa un paso necesario de aproximación filosófica a los objetivos de la universidad para superar las limitaciones burocráticas y administrativas de la concepción napoleónica, sólo podía mantenerse si se agregaba un elemento crítico: la participación de profesores, estudiantes y padres de familia en la programación del desarrollo y en su ejecución, haciéndolos protagonistas de la transformación de la sociedad.

De esta manera podría cambiarse la mentalidad del país, mediante el único sistema que ha revelado su eficacia: dignificando el profesorado y estableciendo como patrón de comportamiento de

la tarea universitaria, el trabajo en común que modifica hábitos y crea nuevas estructuras, para sustituir las construidas sobre la base de que en la sociedad hay personas señaladas por la Providencia (Providencia que hay quienes creen encarnar en forma excelsa) para mandar imperialmente; y personas condenadas a obedecer porque constituyen las masas inciviles a que se refería desdeñosamente hace años un político.

He venido repitiendo que la única forma de alcanzar y mantener una paz con justicia social, es comprometiendo a la comunidad en aquella renovación de los hábitos políticos y sociales. Y para esto es necesario dar a los ciudadanos participación efectiva en las tareas comunes, e igualdad de oportunidades de incorporación al conjunto del proceso, empezando por la educación. (ps. 40,41-42).

### *Educación en libertad y para la libertad*

Se ha vuelto lugar común definir la educación como liberadora.

Latinoamérica padece en el momento actual el síndrome freyriano, que es una interpretación del fenómeno educativo dentro de los parámetros neo-marxistas. Sin embargo, en el alma latinoamericana es visible un íntimo deseo de libertad que nada tiene que ver con el comunismo, y que más que liberación como rompimiento de una relación de dominación-dependencia es una apertura hacia la plenitud, un crecimiento en lo que tiene de más noble la conciencia de dignidad de la persona humana, y como realización de una nueva sociedad basada en la solidaridad.

Por esto, la educación requerida en Latinoamérica es una educación en libertad y para la libertad. Es un aprender a ser libres, tratando cada día de ser libres. Es un caer en la cuenta de que la democracia, más que una concreción dada es situación que hay que elaborar cada día y que sólo se construye en la medida en que se asume con profundidad la responsabilidad para realizarla.

Este es el hondo significado que tiene la educación en el marco de la libertad: concepto que ha impregnado a las instituciones educativas latinoamericanas, norteamericanas y europeas, y que puede ser punto de partida para la programación de nuevas acciones hacia el futuro.

Uno de los aspectos ejemplares de la institución educativa europea y estadounidense, es el principio de que "la educación es para todos". Este derecho está consagrado también en las constituciones de los países latinoamericanos. Pero con muy contadas excepciones, estamos lejos de que se convierta en realidad. El que se creen nuevos medios de educación, el que se amplíen los sistemas educativos, el que se introduzcan innovaciones que amplíen este servicio a todos los estratos de la sociedad, es uno de los retos que tenemos. Y a satisfacer este reto el alto mando académico puede ayudar mediante programas de investigación y asesoría.

Existe además en América Latina conciencia de que la sola educación no es solución. Que paralelamente a la capacitación, se requiere aumentar las posibilidades de trabajo de quienes se educan. Es peligroso y creciente el fenómeno de la desocupación de los educados, que apareja una frustración. Y ciertamente, además de los grandes esfuerzos que se deben hacer al interior de nuestros países para crear nuevas fuentes de trabajo, se requiere en las relaciones internacionales una acción para pagar con justicia las materias primas que nuestros países exportan, y para mantener abiertas las posibilidades de mercado para los productos que en ellos se transforman.

Es ésta otra tarea en la cual la acción de las universidades de aquí y de allá, y del mundo académico en general, adquiere especial importancia. Estudiar estas situaciones y formular soluciones alternativas que beneficien a las diferentes partes, influir a través de las publicaciones y los escritos en la toma de decisiones políticas, realizar seminarios y convenciones para discutir los problemas, es tarea que corresponde directamente a las universidades, y en la cual sería conveniente que se llegara a acuerdos entre los centros académicos internacionales y nuestras instituciones de enseñanza superior (ps. 47-48).

### *La justicia social como fin del Estado y los correctivos indispensables para conseguirla*

Filosofemos un poco: ¿Para qué existe el Estado? Para satisfacer necesidades comunes de las que en forma aislada no podrían atender los miembros de la comunidad.

En otras épocas, cuando se ignoraba el valor multiplicador del esfuerzo armónico de la comunidad, el Estado se concebía como instrumento necesario para conservar la paz en las fronteras y el orden público en el interior; era el Estado gendarme, el Estado del *laissez faire, laissez passer*.

¡El Estado gendarme es un Estado injusto! No sólo porque la *libertad de hacer* que proclama, deja a los débiles a merced de los fuertes, sino porque desperdicia su propia potencialidad creadora, la del Estado. Y todo lo que implica desperdicio en un mundo donde la escasez es la gran realidad económica y social, es injusto. La justicia consiste en dar a cada cual lo suyo, y el Estado gendarme, que desperdicia la oportunidad creadora del Estado, da a cada cual menos de lo que podría darle un Estado más consciente de sus posibilidades sociales.

En reacción contra ese Estado gendarme, hubo dos grandes escuelas de pensamiento social y político. Una que podría llamarse *normativa*, y que se caracteriza por la ingenua creencia de que bastan las leyes y las normas para que el Estado realice al máximo su posibilidad de hacer felices a las gentes. Se vio, así, a los parlamentos y los congresos dedicados a legislar, sin examinar las realidades sociales y económicas. Y se dictaron normas tributarias que llevaron a los más ricos a evadir sus impuestos, dejando a los empleados atrapados en altas tarifas que no podían eludir. Y se vieron también normas laborales que desestimularon el empleo e hicieron que los patronos recurrieran a toda clase de subterfugios para impedir que sus trabajadores alcanzaran la antigüedad suficiente para merecerlas.

Esta escuela normativa cree que basta tener buenas intenciones para hacer buenos gobiernos; no advierte que, si de ello se tratara, no habría gobiernos malos, porque a nadie puede atribuirse el siniestro propósito de gobernar para hacer daño, o de gobernar con indiferencia frente a las necesidades ajenas.

Pero, además, como reacción contra el Estado gendarme, surgió la escuela keynesiana de dirección de la economía.

A diferencia de la escuela normativa, la keynesiana pretendía partir de la observación profunda, detallada, de las realidades so-

ciales. Frente a los ejecutores del Estado gendarme que predicaban que la economía abandonada a sus fuerzas alcanzaría el pleno empleo y la más alta producción, Keynes mostró que, al contrario, la total libertad económica podía llevar al desempleo y a volúmenes de producción inferiores a los óptimos. Por tanto, Keynes sugería intervenir en la economía no al nivel de cada empresa sino a través de las grandes variables económicas y, sobre todo, a través de las variables fiscales, es decir, de los impuestos y del presupuesto.

Después de Keynes, la llamada escuela de Chicago que abandera el profesor Milton Friedman, sostiene que las variables monetarias tienen menos importancia de la que Keynes les atribuía. Obsérvese que tanto Keynes como Friedman están de acuerdo en que el Estado tiene la función de dirigir la economía, de evitar cambios bruscos, de orientarla hacia bienes públicos o privados: queda claro que ni Friedman, ni Keynes comparten los principios del Estado gendarme, y todo cuanto se diga en contrario es una simplificación inaceptable.

El *Estado posible* que surge tanto de la versión keynesiana como de la versión friedmanita, es un Estado más próximo a la justicia social que el Estado gendarme, porque quiere realizar las posibilidades del trabajo común, de la asociación de esfuerzos, de la organización política. El Estado así concebido, por definición no acepta el desperdicio de recursos humanos o económicos; es un Estado que quiere dar a cada cual lo suyo, entendiendo que dicho Estado existe no sólo para proteger los bienes de que cada cual dispone, sino para multiplicarlos; y entendiendo que si el Estado no puede remediar algunas de las desigualdades que crea la naturaleza, no tiene razón de existir.

Pero el Estado que busca la justicia social, tiene tres obstáculos. Uno de ellos es la improvisación, el desorden. Otro es el “estado del bienestar” cuando se funda en la mentira. Y otro, el peor, es *el clientelismo*.

Para cada uno de esos obstáculos existen correctivos. Vamos a ver algunos:

- a) *Planeación* contra improvisación y desorden.

La justicia social exige que no haya recursos ociosos; que todas las posibilidades se utilicen al máximo, porque cuando un recurso humano o económico queda sin empleo, o cuando se lo emplea en forma ineficiente, la sociedad recibe menos bienes, menos servicios, de aquellos que podría recibir. Por tanto, nada tan contrario a la justicia social como el desempleo o la ineficiencia; ambos roban a la comunidad algo que podría ser suyo, algo a lo que tiene derecho.

La dirección del Estado debe ser, entonces, planificada: tanto el gobierno como los particulares tienen derecho a conocer el estado de la economía, a participar en la decisión sobre las metas económicas que se buscan y las medidas que se emplearán para alcanzarlas. La improvisación, la acción económica por fuera del plan, impiden la eficiencia; son causa de inseguridad, llevan al desperdicio.

La justicia social requiere, por lo tanto, que la intervención del Estado ocurra dentro del marco del plan y, por supuesto, que haya plan. La intervención sin planificación es contraria a la justicia social.

b) *Bienestar real* contra bienestar ilusorio.

La dirección del Estado debe fundarse, como todo acto de justicia, en la verdad. Y por lo tanto, debe buscar que los bienes y servicios que reparte, sean el producto de recursos reales y no de simples artificios.

Este principio tiene máxima importancia en el campo de la seguridad social y en el de los servicios públicos: como la mayoría de los países del mundo, Colombia vive dentro de la justa convicción de que el Estado tiene que dar a las personas protección contra los riesgos de enfermedad, vejez y muerte. Y vive, también, dentro de la justa creencia de que debe proveer agua, luz, aseo, comunicaciones, y otros servicios públicos. Es decir, aceptamos que el Estado, además de crear las condiciones generales dentro de las cuales cada quien pueda realizar sus mejores aptitudes, tiene que organizar, en concreto, el reparto de ciertos bienes y servicios. En esto consiste el llamado "Estado de bienestar".

El "Estado de bienestar" es un instrumento de justicia social si se administra dentro de la verdad, si se utiliza como instrumento

del gasto público, para que el gobierno reparta a los más pobres los tributos que recauda de los más ricos, y aproxime en niveles básicos de dignidad a todos los colombianos.

Pero el "Estado de bienestar" encierra peligros si se hace instrumento de engaño, por ejemplo si se ilusiona a las gentes ofreciéndoles servicios que no alcanzan a costear los impuestos de los ricos y los precios que se pagan por ellos. Cuando se incurre en una estructura mentirosa de bienestar, el pueblo paga la mentira, y la paga recibiendo menos, o recibiendo tarde, o recibiendo mal, aquellas cosas que se le prometen. O las paga soportando la carestía que ocasiona el gobierno, cuando usa recursos puramente nominales para subsanar los déficits reales del Estado de bienestar.

La justicia social, en cambio, exige que al pueblo se le cumplan las promesas que se le hacen, y que se controle la carestía; exige que no se le prometa al pueblo más bienestar de aquel que de verdad pueda dársele.

### c) *Justicia social contra clientelismo.*

La justicia social se opone al clientelismo; o, dicho en otra forma, el clientelismo impide la justicia social.

Pero, ¿qué entendemos por *clientelismo*?

El gobierno debe ejercerse para buscar la justicia social, pero puede ejercerse también para formar una clientela política. El *clientelismo* es, pues, una filosofía, simplista si se quiere, acerca del fin del Estado.

La justicia social procura que el Estado utilice al máximo los recursos humanos y económicos disponibles, para que la comunidad disfrute del máximo posible de bienes y servicios. El clientelismo, en cambio, utiliza los bienes y recursos sólo en cuanto ello sirva a los intereses políticos del gobernante (la tierra ociosa, entonces, permanece ociosa si sus propietarios son amigos de quien tiene el poder). Y, además, el clientelismo no exige que los recursos produzcan todo cuanto pueden producir; acepta que se usen para proteger grupos privilegiados que insisten en mantener empleos artificiales, y amenazan con su poder electoral.

Ambas prácticas clientelistas hacen que la sociedad reciba menos de lo que podría recibir para sus miembros y, por lo tanto, se oponen a la justicia social que busco.

La justicia social procura el bienestar a través de la ley; ella señala, en normas generales y abstractas, quién tiene derecho a la vivienda subsidiada, a la educación barata, a los seguros sociales, a los cargos públicos. Cuando el Estado busca la justicia social, los bienes y servicios van a las personas que cumplen los requisitos legales, cualquiera que sea su partido o su conducta electoral. En cambio, lo característico del clientelismo consiste en que adjudica los bienes y servicios estatales con criterio de rosca, no a quienes cumplen los requisitos de ley, sino a quienes se comprometen a respaldar electoralmente ciertos candidatos o partidos.

La justicia social se preocupa por el empleo, es decir, por crear nuevas plazas para los desocupados; pero, además, por conseguir que el empleo sea estable y tenga remuneración suficiente.

La justicia social persigue este objetivo por medio de políticas generales, facilitando la inversión, dando crédito al capital de trabajo, protegiendo en forma razonable las empresas colombianas, legislando sobre salarios mínimos, impidiendo los despidos injustos. El clientelismo, en cambio, descuida los aspectos generales de la política de empleo, y queda insensible a las cifras que revelan la magnitud del problema general, pero se dedica a buscar puestos a los tenientes electorales. Y como ha abandonado la creación de empleos privados, tiene que buscarlos en el sector público.

La justicia social requiere estabilidad en el empleo a través de una seria carrera administrativa, de un riguroso servicio civil. Ante todo, porque ello asegura al hombre que trabaja una forma constante de atender las necesidades, constantes también de su familia. Un hombre no debería perder su trabajo mientras quisiera y pudiera desempeñarlo. Pero, además, porque ello asegura a las empresas privadas, o a las empresas públicas, una experiencia valiosa que se traduce en mayor producción y mejor calidad.

La inestabilidad en el empleo es inhumana, y es una carga económica. El perjuicio para la comunidad es enorme: el público tiene que pagar el costo de la continua rotación de empleados y tra-

bajadores públicos, que a duras penas alcanzan a aprender su oficio cuando tienen, de nuevo, que abandonarlo en provecho de personas recién nombradas. Y muchas veces, las personas a quienes el clientelismo lleva a los cargos oficiales, sabiendo que su estadía ha de ser breve porque perciben que puede llegar otra forma de clientelismo que las sacrifique, sucumben a la tentación de aprovecharla personalmente al máximo; el clientelismo hace imposible el ideal de realizar una obra administrativa, una carrera de servicios distinguidos; en cambio, crea el atractivo del golpe audaz y rápido contra el interés público.

Solamente la política comprendida como servicio, como exaltación de los poderes y las potencialidades del hombre, como un humanismo militante, puede erigirse en guardián de los derechos más sagrados de la persona, que son el derecho a la vida, a la libre expresión de su pensamiento y a la formación de una sociedad con sus prójimos: solamente en la medida en que seamos productivos para los nuestros podremos ser productivos para el conjunto de la sociedad.

Al mismo tiempo que la política debe garantizar la libertad, tiene la misión de ordenarla para fines que superen el egoísmo individualista. La construcción de una sociedad justa reclama del orden, pero de un orden que esté presidido por la inteligencia y la moral y no de un monstruoso aparato que rebase nuestras fuerzas de control. En la sociedad moderna solamente el hombre político, el hombre moral por excelencia junto con el hombre teórico, puede garantizar el mantenimiento de unas relaciones justas entre las exigencias de la organización y del orden, y los derechos de la libertad y de la realización individuales.

El abandono de la política por los pueblos lleva al predominio de las fuerzas de la represión y de la esclavitud.

Cuando los mejores espíritus, cuando los hombres de empresa y de trabajo repudian la política o se desentienden de ella, se cae en el marasmo y en la indiferencia y un practicismo reaccionario se apodera de las fuentes del poder.

Para los colombianos tal lección no está lejana. Por eso en esta etapa tan crítica de nuestra vida institucional, es necesario reinvin-

dicar las virtudes cívicas y vincular a su ejercicio a las masas populares no menos que a los espíritus críticos.

Una democracia verdadera se apoya tanto en el pueblo como en sus conductores; y si queremos vincular de veras el país a este esfuerzo de civilización política que venimos haciendo desde hace más de veinte años, es necesario que la política se plantee sobre bases de renovación, sobre programas concretos, sobre tareas específicas que se propongan a la comunidad y que resulten tan claras que ésta se sienta en capacidad de escoger o de rechazar con plena conciencia (ps. 51-61).

*Por la "contratación del desarrollo" se pasa de la transacción a la negociación concertada con el objeto de hacer más eficiente el bienestar colectivo*

Las posiciones complacientes de gobernantes o de políticos, acentúan las contradicciones entre los diferentes sectores y perpetúan los conflictos. La misión del político es crear solidaridad en torno a grandes propósitos, y tal solidaridad es más fácil de lograr, identificando los conflictos y encarándolos, que callándolos.

Para resolverlos, es prudente no confundir la transacción con la negociación concertada.

La primera puede conducir al sacrificio de los fines sociales del Estado en aras del equilibrio: porque la transacción concede gratuitamente; da sin recibir, por temor o por indiferencia; reparte más por presiones que por convicciones, y convierte el reparto en privilegio y el gobierno en clientelismo.

La negociación concertada nace del conflicto mismo y se alimenta de sus tensiones; lo modera y orienta posándose no en un lado del péndulo sino en el justo medio; reconoce la desigualdad sin disfrazarla; limita a los unos para dar a los otros, es decir, limita a las generaciones presentes para asegurar el futuro de las generaciones sobrevivientes.

Un modelo o estrategia de desarrollo es una forma de movilizar las fuerzas *sociales y económicas* de un país, al logro de determina-

dos objetivos o de una visión del futuro: los planificadores analizan alternativas, jerarquizan opciones y, mediante el uso de modelos, presentan a los políticos la opción más adecuada a las circunstancias de lugar y tiempo. Digo que las presentan a los políticos, porque ya está superada una filosofía de la planeación que prescindía de las variables políticas por cierta asepsia científica que condujo a errores, frustraciones y cuando menos a retrasos, ya que en definitiva, para bien o para mal, es en el área política en donde se toman las decisiones.

No voy a hacer eco al debate que inunda la literatura sobre la validez de hipótesis y modelos. Pero hay un supuesto ya reactivado también, que explica el fracaso de no pocas estrategias: planificadores y políticos suelen creer que los agentes económicos se movilizan al solo conjuro o reclamo de políticos y planificadores para alcanzar los objetivos propuestos. No, la movilización social, tan importante como la orientación de los recursos económicos, sólo se consigue con un compromiso, vale decir, con la solidaridad de los agentes partícipes en la toma de decisiones. De allí la necesidad de una planeación equitativa, participativa e inductiva, de abajo hacia arriba, que comprometa a la comunidad en todos los sectores representativos de la política, la producción, el trabajo, las cooperativas, los maestros, los estudiantes, las ligas de consumidores.

Hoy no se discute la necesidad de que el Estado intervenga en la orientación de la comunidad o de la economía: se discute cómo hacerlo y en qué grado hacerlo.

En este punto quiero hacer absoluta claridad: no se trata de la fórmula maniquea de planeación indicativa para el sector privado y planeación compulsiva para el sector público, sino de una fórmula más audaz que no crea compartimientos estancos porque vincula en forma solidaria al Estado con productores y consumidores. Este es el sentido de la estrategia que he denominado "contratación del desarrollo", o modelo de producción condicionada; el cual, en el caso particular de la industria, debe hacer compatibles los objetivos de bienestar colectivo del Estado, con las metas de beneficios del sector privado.

En la base de este esquema es fundamental la modernización del Estado, el otorgamiento al mismo de capacidad de operación que

le permita accionar los instrumentos de política económica y social para utilizarlos al cumplimiento del plan (ps. 75-77).

*El compromiso del desarrollo es esencial para el gran propósito de la paz económica y social, siempre que se coincida en el crecimiento integral de la persona humana*

Todo desarrollo debe establecerse sobre un horizonte de estabilidad y metas precisas de largo plazo; y las coyunturas deben manejarse con instrumentos *ad hoc* que no interfieran aquellos objetivos de largo alcance.

Cuando se habla de que debe haber metas de largo plazo, se quiere afirmar que las coyunturas no deben modificarlas con criterios inmediatistas. La eficiencia es un concepto de mediano o largo alcance, y por lo mismo no se debe abandonar una sana protección a la industria para sustituirla por la eficiencia a ultranza: deben considerarse las ventajas de una industria o el desarrollo de un sector, no sólo desde el punto de vista de la eficiencia productiva sino también de la eficiencia social, frente a los costos que eventualmente pueda significar una protección determinada. En la medida en que ese costo sea superior al beneficio o sea factible mejorar determinadas condiciones como calidad y precios, deberán introducirse los ajustes necesarios.

En lo que toca con el sector privado, las coyunturas favorables o desfavorables no deben tampoco incitarlo a cambiar las reglas de largo plazo o dificultar la consecución de los objetivos sociales del plan. Si las reglas de juego son claras, no hay lugar a temores por parte de la sociedad.

Para analizar los problemas que obstaculizan el desarrollo industrial, es necesario fijar el papel de la industria en el esquema de desarrollo. Si el objetivo es la plenitud de la persona humana manifestada en niveles más altos de bienestar, no puede haber incompatibilidades entre desarrollo agrícola e industrial, máxime cuando éstos son dos sectores solidariamente complementarios en su desenvolvimiento; si bien puede haber conflictos entre agricultores e industriales individualmente considerados.

Ambos juegan un papel estelar y constituyen fuerzas impulsoras del desarrollo. No obstante, ya no se discute que la transformación de una sociedad lleva consigo dos cambios fundamentales: una transformación en la estructura de la demanda y un irreversible proceso de urbanización. Por tanto, a la industria como sector productivo le corresponde absorber los excedentes de fuerza laboral que generan las migraciones.

En nuestro país, por falta de estímulos, reglas de juego claras y horizontes de estabilidad industrial, no se ha podido cumplir este cometido; y en vez de ser la industria mecanismo por excelencia de generación masiva de empleos, lo que ha sucedido es una hipertrofia del sector terciario o de servicios, que ha actuado como un centro de empleo artificial de casi ninguna productividad y con remuneraciones rayanas en la indigencia: es el empleo espurio de que habla Prebisch.

Un plan de desarrollo industrial serio, no puede ser un catálogo de lugares comunes que no señalan programas concretos y que dejan la sensación y la desilusión de que “esta vez tampoco fue”.

Es necesario cambiar la displicente actitud de los planes hacia el sector industrial, para devolverle la confianza y convocar su solidaridad hacia los grandes objetivos sociales del Estado. No hay contradicción entre desarrollo industrial y ataque a la miseria. Por el contrario, en un esquema como el de la “contratación del desarrollo” se establece una simbiosis entre esos dos propósitos; y gobierno y empresarios adquieren la categoría de socios en una empresa común. Pero el gobierno tiene que cambiar de actitud, porque no se puede convidar a tan grandioso compromiso, al socio mal tratado.

Deliberadamente he eludido el aspecto ideológico de la planeación: la planeación de abajo hacia arriba, la contratación del desarrollo, la modernización del Estado, son instrumentos necesarios para orientarse por un sendero, pero no indican hacia dónde debe dirigirse ese sendero.

El gran compromiso del desarrollo no ha existido como empeño colectivo que incorpore las fuerzas vivas de la nación.

Ese compromiso es esencial, porque sin él existe la tentación de solicitar excepciones sobre la base de casos particulares o de situa-

ciones coyunturales. Y esto rompe el horizonte de estabilidad, modifica las reglas de juego y establece políticas erráticas como las que han saturado nuestro proceso de desarrollo.

Para realizar el gran propósito de la paz económica y social, se requiere de un consenso amplio cuya fuerza surja de un proceso democrático, que incorpore a los diferentes estamentos y partidos políticos, y cuyo punto de coincidencia sea el desarrollo integral de la persona humana, como objetivo de aquel compromiso. Dicho en otras palabras: la lucha contra el subdesarrollo se identifica con la lucha contra la subversión (ps. 84-86, 89-91).

*Una política de empleo, ante los innúmeros problemas surgidos por la despoblación de los campos y el ensanchamiento de las ciudades, exige un plan de equidad nacional que abarque lo regional y lo urbano a un mismo tiempo*

Por lo mismo, cuando se habla de crisis de la ciudad se está hablando de la crisis de la sociedad, la cual se manifiesta en aquélla con más vehemencia y a veces con rasgos de superior dramatismo, puesto que el acelerado proceso de urbanización determina el traslado físico a la ciudad de la mayor parte de la comunidad, con sus carencias y sus expectativas.

Como vivimos en el subdesarrollo y hablamos, pensamos y trabajamos para habitantes de país en vías de desarrollo (según una cierta coquetería internacional suele llamarnos), la crisis de la ciudad es, también, la crisis del subdesarrollo.

Por mucho que se ha tratado de presentar el desarrollo como un proceso que se surte en lógica lineal, en que dado un paso debe esperarse el otro y así hasta conseguir una meta de bienestar, en nuestra realidad uno de los condicionantes estructurales más expresivos es el dualismo consistente en que la evolución de un sector económico o un segmento de la población, se da a expensas de otro sector u otro segmento. Así, el sector industrial se ha desarrollado en cuanto el agrícola se estancaba, puesto que con una tasa de cambio sobrevaluada, la agricultura retrasada producía los dólares para comprar los equipos fabriles. Esta visión del desarrollo ha

adquirido las complicaciones propias de la inflación. Y el binomio campo-ciudad ha sido rebasado por el binomio sector formal-sector informal.

El sector formal, la parte moderna de la economía, recibe el crédito (aunque precariamente, como ahora), se beneficia de los avances tecnológicos, usa de estímulos arancelarios y tributarios, y es en él donde se producen la concentración y la especulación sobre la propiedad. A este sector se vinculan trabajadores de vanguardia, atendidos al menos dentro de los cánones que prescriben las leyes laborales. Y es el conocimiento de la existencia de esas circunstancias de trabajo y de acceso a las formas de educación y de salud, en parte, lo que desencadena el flujo migratorio campo-ciudad a una velocidad más rápida de la capacidad para crear los servicios necesarios.

En el sector informal impera la ley del sálvese quien pueda: sin crédito ni tecnología, sujetos a las oscilaciones violentas de los precios, agricultores, empresarios, trabajadores y artesanos del sector atrasado de la economía se encuentran al margen de toda posibilidad, pero constituyen un ejército de reserva para abaratar los costos del sector desarrollado y remunerarles su ventaja organizativa.

Son todos aquellos que forman lo que un marxista elemental llamaría "ejército de reserva"; son esa masa informe, gigantesca, desamparada, vendedores ambulantes de cualquier cosa, de vigilantes o ladrones de carros, bicicletas, relojes, lo que sea, que conforman el sindicato delirante, sin personería jurídica, sin líderes, sin organización, sin camino, que la sabiduría popular llama certera y dolorosamente "*el sindicato del rebusque*".

En los flujos migratorios se presentan situaciones ambivalentes; emigran primero los de mayor iniciativa, los que no se resignan, los cautivados por el efecto demostrativo que crea la radio; detrás de ellos van grupos impreparados, todos los cuales engrosan los contingentes que solicitan servicios, ocupan vehículos, tienen hijos desnutridos con necesidad de escuela. Si encuentran empleo y los servicios que necesitan, empiezan a ascender por la escala social, se convierten en elementos dinámicos dentro del contexto de la sociedad urbana, en la cual son los que participan con espíritu

constructivo. Si no encuentran lo que anhelaban cuando dejaron el campo, las lealtades que allí tenían hacia su familia, su religión, su afiliación política, hacia los valores morales, todo ello se transmuta y dinamiza en sentido contrario.

Es visible que no se puede hablar de una crisis de la ciudad con elementos definitorios propios, ni características específicas surgidas de su propio seno, sino que se está ante un caso en el que la crisis resulta enmarcada en otra más compleja y de más amplio espectro: la crisis de la sociedad y de sus valores fundamentales, que se manifiesta en los mil rostros antes descritos.

¿Mejoran realmente los campesinos que emigran del campo a la ciudad? La respuesta es ambivalente: cuando la ciudad soluciona las ansias que los empujaron hacia ella, mejoran y se convierten en factores dinámicos de la comunidad; cuando la ciudad no les responde, no mejoran y se convierten en elementos impulsores de la insatisfacción y de la protesta social. La ciudad es factor de solución de muchos de los problemas intrínsecos en la estructura de la sociedad. Y en la medida en que ha facilitado la modernización de esa sociedad y ha multiplicado las oportunidades, con todas las imperfecciones conocidas, ha sido elemento dinámico para el desenvolvimiento de esa misma sociedad.

Y si mejoran los migrantes, ¿por qué se habla entonces de la crisis urbana? Porque se ha creado el efecto del conejo mecánico de que habla el gran urbanista Branfield: los problemas urbanos, dice, se asemejan al conejo mecánico de la pista de carreras que va siempre delante de los perros por más rápido que éstos corran; de igual manera las posibilidades mejoran en la ciudad; pero como no hemos fijado expectativas, ni hemos diseñado la ciudad que queremos tener (si la megalópolis norteamericana que ha fracasado o la ciudad jardín), siempre estaremos lejos de una solución.

El campo se sigue despoblando porque la sintomatología de la desprotección se mantiene en todos sus aspectos de falta de vías de comunicación, de carencia de asistencia técnica y crédito barato y semillas adecuadas, fungicidas, matamalezas, sistemas de merca-deo que garanticen precios razonables; porque aún no existen escuelas, maestros y centros de salud, que ofrezcan imanes de reten-

ción; porque no está todavía electrificado para que los quehaceres domésticos se abrevien y para que haya entretenimiento; porque el montaje dual de nuestra economía sigue teniendo soporte primordial de financiamiento en el productor cafetero al cual se le castiga con impuestos y con precios no remunerativos su fidelidad al cultivo. Y, es claro, por la llegada de la mecanización y de la tecnología que permiten producir más con menos brazos.

Para resolver ese conjunto de problemas, hay que partir de la base de que al igual que los seres humanos, los pueblos tienen que diseñar su futuro sin dejarlo al azar. Aquel diseño tiene el nombre de planeación.

Las prioridades de un plan de desarrollo nacional, deben ser reflejo de las aspiraciones de los diversos sectores de la sociedad y deben enmarcarse dentro del concepto de equidad nacional: dada la limitación de recursos, ellos deben orientarse de manera que ningún sector avance a expensas de los demás en la misma tabla de necesidades, para evitar los rezagos y cuellos de botella en el conjunto productivo, como es el caso del inadecuado manejo del sector agropecuario, tanto desde el punto de vista del productor como del campesino trabajador.

En síntesis, un *plan de equidad nacional* significa otorgar y exigir una participación equitativa a las regiones, sectores y municipios, y debe ser el escenario en el cual se pongan de acuerdo las fuerzas de la comunidad con las del Estado que las estimula.

Surge así la necesidad de un modelo de desarrollo regional y urbano para estimular la integración comarcal, mejorar las condiciones de vida en la provincia, ordenar los flujos migratorios campo-ciudad y construir “cajas de resonancia” de las innovaciones.

Para defender la necesidad de una planeación regional, hemos de estar conscientes de que ello no implica necesariamente la confusión entre lo regional y lo departamental: en muchos casos, las oficinas departamentales de planeación deberán coordinar sus esfuerzos en aras de un mayor desarrollo de economías afines y fronterizas, independientemente de las limitaciones departamentales.

¿Cual es el tipo de ciudad que queremos tener, si la megalópolis norteamericana, o la ciudad-jardín howardiana o la ciudad radiante corbuseriana? ¿Queremos densificar los centros históricos de nuestras ciudades o queremos dejar su crecimiento al azar? ¿Cómo queremos que sean sus sistemas de transporte masivo, subterráneos, de superficie o cercanos al ideal del no-transporte? ¿Queremos proteger el patrimonio ecológico que es pertenencia de toda la comunidad?

Hay quienes piensan que el ordenamiento debe concentrarse en las ciudades mayores en las cuales la imprevisión y la improvidencia, de tiempo atrás distorsionaron la vida social; y porque presumen que las comunidades pequeñas continuarán siendo reductos no expuestos a la desbocada evolución de los núcleos mayores. Sin embargo, una visión selectiva del mapa urbano nacional debe conducir también a decisiones planificadoras sobre distintas hipótesis de desarrollo para núcleos urbanos pequeños o medianos, estratégicamente situados en el contexto esperado para las próximas décadas. Esta sería una forma eficaz de morigerar el ímpetu migratorio hacia los grandes centros y camino hacia un modelo de desarrollo regional y urbano desconcentrado.

Para financiar este necesario desarrollo regional, ya que el ordenamiento urbano no sólo se refiere al crecimiento de las ciudades sino también a su crecimiento armónico en el espacio, he venido proponiendo la creación de un Banco de Servicios Públicos.

Ante el imperativo de construir en los próximos veinte años tantas viviendas cuantas hoy existen con el equipamiento complementario, el gran interrogante es si dejar al azar el decidir en dónde habrán de ubicarse. Para responderlo hay que considerar que el crecimiento de la gran ciudad debe ser atemperado en razón de que los servicios públicos adicionales resultan a costos más altos per cápita que los de las ciudades menores; y que la contaminación de aguas, aire y tierras se está convirtiendo en una bomba de tiempo de costos diferidos contra la comunidad.

¿Podemos mirar indiferentes tan dramática situación? ¿Podemos permanecer tranquilos a sabiendas de que tal problema se duplica cada diez años?

¿Será capaz de sobrevivir intacta una sociedad frente a esta realidad que significa una crisis de sus propios cimientos?

De algo podemos tener completa certeza: de que la causa determinante de dicho problema reside en la distribución del ingreso, en la insuficiente creación de empleo productivo y en nuestra propia incapacidad para encarar ese desafío.

A partir de estudios actuariales, desde hace varios años he venido predicando la necesidad de otorgar vivienda popular sin cuotas iniciales. No han sido pocos los epítetos de la más varia índole, recibidos por tan reiterada propuesta. Hoy, nuevos estudios técnicos me dan la razón. Es que si no construimos vivienda social y aun de clase media sin cuota inicial, o al menos con cuotas iniciales mínimas, muy pocos podrán comprarlas. (ps. 95-98, 100-102, 104-108).

*La era axial que vivimos incita a afrontar al desafío energético con impulsos de movilización social, ingenio humano y solidaridad colectiva*

El filósofo Karl Jaspers fue el primero en hablar de la existencia de la era axial, para referirse a un período de la humanidad durante el cual la presencia y agudeza de sus pensadores transformaron el curso de la civilización. La lejanía de aquel período —hace unos 2.500 años— no ha sido obstáculo para que los historiadores culturales contemporáneos designen de nuevo como era axial el trayecto por el que cruza ahora la humanidad.

Colombia atraviesa por esa misma era, es decir, que nuestros pensadores y directores reciben ahora el desafío de sacar el país de los escenarios de *lo inevitable* y de *lo inaceptable*, para proyectarlo creadoramente sobre el futuro.

Estamos ante hechos que desbordan la calificación de meramente coyunturales, por lo cual me inclino por darles la de estructurales y a tratarlos como tales, para que la gran masa al margen de la economía monetaria entre a participar en los beneficios del progreso.

Esta situación es un reto que invita no a la lamentación sino a la acción: Mis reflexiones parten de la base inequívoca de que el ser

humano, el ser colombiano de este momento, es capaz de escoger y de hacer su propio destino.

Lo que propongo es que cambiemos de modelo energético si queremos que nuestro modelo de desarrollo tenga desenvolvimiento y realización a plenitud, en beneficio de aquellas grandes mayorías nacionales.

¿Cambiar por estar a la moda? No; cambiar porque el actual modelo energético sobre el cual descansa el peso de nuestro desarrollo, presenta incoherencias que es preciso revisar y corregir. Y es hora de hacerlo.

Sí, un desafío. Y es nada menos que el desafío energético, cuyo manejo y afrontamiento tiene implicaciones sobre todos los demás sectores de la actividad nacional.

Por eso mismo, para un país que no pertenece al manejo de naciones con grandes reservas probadas de petróleo, esta es la oportunidad que le permite diseñar un modelo congruente con sus propios abastecimientos reales de recursos naturales; es la coyuntura que se deriva de los grandes retos, cuando los pueblos aguzan su ingenio, liberan fuerzas, movilizan la solidaridad nacional, actúan con previsión, preparan sus niveles de producción, acrecientan el sentido de su disciplina y responsabilidad y hacen reajustes a sus sistemas de planificación.

El mundo está en el umbral de una transformación social básica, y sólo los países que muestren capacidad de adaptarse a las nuevas formas, conseguirán incrementar sus niveles de bienestar. El nuestro tiene en la variedad de sus recursos un potencial formidable de flexibilidad para ajustarse a las nuevas exigencias.

¿Seremos capaces de adoptar los cambios políticos e institucionales requeridos por este gran desafío? Yo creo definitivamente que sí.

El reto no es unidimensional sino que tiene una multiplicidad de aristas y de frentes, todos los cuales deben ser rigurosamente considerados.

En el caso colombiano el reto energético es también el reto del sector externo y de su comercio exterior, es el reto de su ahorro

interno, es el reto de la estabilidad de precios, es el reto de una adecuada utilización de recursos humanos, es el reto de una racional utilización de sus recursos naturales.

La energía ni se crea ni se destruye, dijeron los físicos hace mucho tiempo; sólo se transforma de sus distintas fuentes. Aun suponiendo que la naturaleza no haya sido pródiga en dotarnos de reservas abundantes de petróleo, sobre el cual se ha basado el desarrollo tecnológico que hemos importado, tenemos fuentes alternas que, bien utilizadas, no sólo resuelven nuestro problema energético, sino que constituyen oportunidad para reprogramar nuestro desarrollo económico y social, dentro de un marco de coherencia con nuestras verdaderas posibilidades y dotación cierta de recursos.

Ese desafío tiene que generar los suficientes impulsos de movilización social, ingenio humano y solidaridad colectiva, para aprovechar en forma creadora y positiva. uno de los momentos estelares que está atravesando la humanidad y que nos ha llegado a través de la crisis energética: la cual no debe ser recibida como amenaza sino como incitación a una tarea decisiva que cambiará nuestros patrones tradicionales de vida para mejorarlos.

El desafío consiste en modificar tal estructura, disminuyendo el porcentaje del petróleo. Para ello se cuenta con la energía hidroeléctrica, el carbón, el gas natural y, por supuesto, las llamadas fuentes no convencionales como la geotérmica, la solar, la nuclear, alcoholes mezclables con la gasolina y provenientes del gas natural, de la caña de azúcar, de la papa, la yuca y el banano de rechazo (sobre lo cual hace una semana dio el gobierno los primeros pasos); y de la bioconversión o biogás. Se cuenta igualmente para ello con la posibilidad de sustituir parcialmente el transporte automotor por transporte por ferrocarril, fluvial y aun por vehículos eléctricos. Y se cuenta con medidas para tecnificar y economizar en el transporte público, a base de prácticas de solidaridad y de disciplina social.

Ese nuevo modelo es la combinación audaz de todos los factores enumerados, los cuales establecen con claridad nuestra condición de país privilegiado que cuenta con variadas y ricas fuentes de energía. No, no es para llorar, es para trabajar para lo que necesitamos convocar la voluntad nacional.

Hay que cambiar el pesimismo por la audacia, el egoísmo por la entrega a ese gran propósito histórico. El imperio del egoísmo suele tener sus raíces en la declinación de los liderazgos. De este concepto se ha hablado más de una vez, llamándolo propósito nacional. Pero pocas veces lo hemos concretado en acciones que vinculen a la comunidad y la hagan partícipe de sus logros. Aludiendo a los Estados Unidos se ha dicho que “liderazgo es la capacidad de conseguir que la gente haga lo que no quiere hacer, pero que una vez hecho le guste”. Aquí no podemos resignarnos a no hacer ni siquiera lo que nos gusta. Un historial de esfuerzos cívicos maravillosos en muchas regiones, demuestra que la indolencia no es nuestra constante. Y que sabemos responder cuando se nos convoca a grandes tareas.

Este gran compromiso sobrepasa los simples y obvios llamados a la lucidez y a la buena voluntad de los ciudadanos afectados por el presente y el futuro. Recordemos con unción algo que decía sin solemnidad aquel gran explorador de la historia colombiana que fue Luis Ospina Vásquez:

“ . . . son las ideas las que han hecho los desiertos, y las que han hechos florecer los yermos despoblados. . . ”

Hago esta referencia para insistir en que abandonemos el *presentismo*, no dejando que la magnitud de los problemas nos abrume. Una aspiración mínima de cualquier sociedad consiste en tener guías con claridad y decisión para vivir a tono con su tiempo y aun adelantarse a él, al menos en las previsiones (ps. 179-181, 189-190, 196-197).

*El cooperativismo, sin alicientes paternalistas, adquiere capacidad y fuerza como instrumento de redistribución del ingreso y como impulsor en la creación de nuevos empleos*

La verdad es que el desenvolvimiento del sistema cooperativo en el mundo lo sigue acreditando como uno de los mecanismos más eficaces para estimular la acción de la comunidad dentro de un proceso de desarrollo.

Caminando por entre las dificultades de un subdesarrollo que se resuelve cada día en desempleo, carestía de la vida, concentracionismo del capital, elitismo educativo con mantenimiento de grandes zonas de la población al margen de la cultura; en la tendencia descendente de participación del trabajo en el volumen general del ingreso, es decir, en empobrecimiento, en altas tasas de interés que aniquilan a los usuarios, sean individuos o empresas, el cooperativismo afirma sin embargo su capacidad y su eficacia como instrumento de redistribución del ingreso, como herramienta contra la inflación y su cortejo de males, entre ellos el del costo de la vida; como impulsor en la creación de empleos nuevos, tarea a la cual deben dirigirse las energías nacionales.

Quiero traer a colación esas tres grandes prioridades que son tareas que debe cumplir el cooperativismo agropecuario. Son ellas: primera, la necesidad de dar solución al gran problema mundial de la alimentación; segunda, la necesidad de encontrar un medio —y las cooperativas son el mejor medio— para crear nuevas relaciones entre los trabajadores y el trabajo, y hacer surgir así la nueva revolución industrial; y tercera, la necesidad de transformar los hábitos de consumo de nuestra sociedad opulenta y despilfarradora.

Ahora bien, para que las cooperativas de consumo logren reorientar ciertos hábitos sociales surgidos al impacto de la propaganda masiva, es necesaria su integración con las cooperativas agropecuarias para garantizar al consumidor, no solamente un mejor precio, sino buena calidad en los artículos, honradez en las transacciones y aprovisionamiento de los bienes esenciales para la comunidad.

En mi caso concreto, he sido enfático al sostener la necesidad de impulsar el proceso productivo del país y, dentro de él, preferencialmente la producción de alimentos en grandes cantidades.

Las cooperativas tienen que ser empresas fuertes económicamente, de interés social, organizadas en forma realmente solidaria y popular. No pueden ellas seguirse considerando como entidades de beneficencia, a las cuales se debe tratar con paternalismo perjudicial.

Soy consciente de que el movimiento cooperativo es una solución no sólo para las clases de menores recursos, sino para las clases de recursos medios. Por ello, los cooperativistas deben también ser

conscientes de su gestión económica y social y deben ayudar a cumplir estos deberes de aumento en las posibilidades de empleo, incremento en la producción en todos los órdenes y abaratamiento del costo de la vida.

Igualmente, debemos dirigir todo nuestro esfuerzo conjunto a la racionalización de la producción y de la distribución de los artículos de primera necesidad, para eliminar la especulación y el acaparamiento (ps. 203, 208, 215-216)

*Parroquializado por dar su espalda al mar, nuestro país debe entrar en el torrente del mercado internacional con productos de calidad, novedad y competitividad*

Es paradójico que un privilegiado país con 3.500 kilómetros de costas sobre dos océanos, durante tanto tiempo le haya dado la espalda al mar, olvidando la ancha vía que es, la riqueza que contiene, los puertos modernos que requiere para entrar lo que se compra y sacar lo que se vende.

La epopeya de Jiménez de Quesada al llevarse la capital del Nuevo Reino de Granada al altiplano andino, contribuyó a la unidad nacional, construyendo la primera Brasilia del mundo. Pero el modelo poblacional fue el de una civilización de vertiente que ensimismó el país entre sus cordilleras, le parroquializó su visión, lo hizo olvidar del mar que tenía y del mundo con el que podía comunicarlo, y lo puso a vivir de aquellos artículos que la vertiente producía: ¡Esta puede ser una de las razones del tic monoexportador que durante tantos años hemos tenido! Ahí el país puede encontrar explicación de su provincianismo, de su escaso mirar hacia fuera, de su dificultad para manejar los mercados externos, de carecer de una mayor interrelación con el resto del mundo, de no adelantar políticas internacionales vigorosas, de no contar con una seria y digna política de fronteras que necesitamos con urgencia.

Esa es nuestra dura realidad: hemos vivido mediterráneamente, de espaldas al gran motor de los tiempos modernos que es el comercio internacional, en que nuestros productos entren a ganarse mercados con la fuerza de su calidad, de su novedad, de su competitividad (p. 220).

*Por encima del socialismo marxista y el liberalismo económico está la tercera alternativa del humanismo cristiano (De la exposición Perspectivas económicas y sociales de Colombia en la década de los 80)*

El socialismo marxista, que transfiere al Estado la propiedad de los medios de producción, permite a las autoridades controlar el nivel de empleo, el nivel de precios y el nivel de salarios. El sistema da empleo a casi todos aquellos que desean trabajar, así no se trate siempre de empleos productivos; pero los salarios son aplicados por las autoridades para premiar o sancionar la lealtad política y para estimular determinadas actividades económicas, y las diferencias entre los costos de producción y los precios de venta se convierten en ingresos fiscales que financian las grandes inversiones del Estado. Las autoridades gozan, pues, de la facultad de imponer altos niveles de ahorro a expensas de la capacidad, y de los deseos de los consumidores. Tal es la experiencia, por ejemplo, de la Unión Soviética.

La respuesta socialista marxista es incompatible con mis valores filosóficos. Cuando la propiedad de los medios de producción reside totalmente en el Estado, éste se convierte en el único empleador; la gente tiene que compartir los puntos de vista de las autoridades para obtener un empleo, o para ascender en las empresas. Y cuando los gobernantes señalan salarios y precios, impiden también que las personas elijan qué bienes han de producirse y cuáles no. En otras palabras: la capacidad de decisión sobre el nivel de vida y el estilo de vida, pasa del pueblo al gobierno, el cual deja de ser intérprete y auxiliar de la voluntad popular, para convertirse en amo suyo.

Para el liberalismo económico basta impedir que las autoridades alteren las fuerzas del mercado, para que el desempleo, reduciendo la demanda agregada, sirva de freno a la inflación, haga descender los salarios reales y equilibre la oferta y la demanda de trabajo.

También el liberalismo económico es incompatible con mis valores filosóficos. Las autoridades no pueden tolerar el desempleo como un mal menor, como un instrumento de política económica,

porque es contrario a la dignidad del hombre, pues le impide proyectarse como elemento útil a la sociedad. Y porque el desempleo recorta la libertad, al reducir, junto con el ingreso, la capacidad real de elegir.

Hay quienes piensan que toda solución reside en uno de los dos grandes sistemas de pensamiento filosófico que he expresado, y cierran toda posibilidad de buscar y acoger una tercera vía: ni capitalismo ni socialismo. Esa tercera vía, elaborada a través de los siglos por algunas de las más claras mentes que ha producido la humanidad, es, al mismo tiempo, la más ortodoxa de las soluciones que puede defender un colombiano de este tiempo.

En este año celebramos noventa de la publicación de uno de los documentos básicos de esa doctrina: en la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII. Y aunque, sin duda, el paso del tiempo ha convertido en realidad muchas de las aspiraciones del Pontífice, o ha suscitado problemas que no podían preverse entonces, la inspiración humanista de ese documento sirve todavía para construir una alternativa que no es liberal ni socialista al problema del desempleo.

Dentro de esta tercera alternativa, es deber de las autoridades procurar que realice el hombre su dignidad y es ilícito conducir a las gentes hacia el desempleo, así sea temporal, como medio para conseguir la estabilidad de los precios; y recortar su libertad de escoger en donde y para quien trabajar, como instrumento para darles empleo; y utilizar los empleos públicos para forzar la aceptación de un régimen o un sistema político. Debo añadir ahora una síntesis de algunos de mis criterios económicos básicos, y que son la clave para su ejecución. El primero de esos criterios consiste en que no hay redistribución de ingreso cuando no hay empleo. El estímulo a los empresarios que deseen crear empleos nuevos en la economía debe mirarse, por tanto, como medio de redistribución de la riqueza.

En segundo lugar, niego que pueda calificarse de exitosa ninguna política que agrave el desempleo, aunque consiga el aumento de la producción, y aunque logre la estabilidad en los precios. Mis prioridades en este tema están expresadas en el título de un libro que revolucionó la economía, por allá en 1935: *The General Theo-*

*ry of Employment, Interest and Money*. En mi opinión, como en el título de la obra de Keynes, "employment" vendrá primero y "money" después.

El país padece hoy una difícil situación laboral, que puede caracterizarse por el desempleo privado y el aumento de la burocracia estatal, reclutada para atender compromisos políticos: en esto consiste el clientelismo. En contraste, lo que debe estimularse es el empleo productivo: que no haya despidos colectivos en el sector público, pero tampoco aumentos masivos de la nómina; en cambio, que se estimule al sector privado para que pueda generar muchos empleos. (*La República*, Bogotá, Suplemento Dominical, No. 125, 29 de noviembre de 1981, ps. 6 y 8).

### *Bibliografía de Belisario Betancur*

#### *Obras (Selección)*

1961. *Colombia cara a cara*. 2a. edición. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Editorial Iqueima, 214 ps.

1963. *En el cruce de todos los caminos* (Conferencias), Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, Colección "Rojo y Negro", 63 ps.

1966. *El rostro anhelante. Imagen del cambio social en Colombia*. Populibro No. 10, Bogotá, Editorial Revista Colombiana Ltda., 84 ps.

1967. *A pesar de la pobreza*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Editorial Antares, 122 ps.

1970. *La ayuda externa*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 142 ps.

1970. *¡Despierta, Colombia!*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 329 ps.

1975. *Desde otro punto de vista*. Biblioteca ANIF de Economía, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 208 ps.

1981. *Cambio, cambio!*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 267 ps.
1982. *Sí se puede*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 286 ps.

### *Obras en colaboración*

1957. Varios autores: *La Nación ante la Universidad*. Curso Académico organizado por la Universidad Nacional de Colombia. Serie "Reforma Universitaria", Bogotá, Antares, 200 ps. (Véase *Aproximación a la realidad colombiana*, ps. 19-35).
1968. Varios autores: *Lo que importa es el hombre*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Italgaf Ltda., 288 ps. (Véase *El hombre ante la política*, ps. 161-176).
1969. *Ante la Universidad*. Populibro No. 27. Bogotá, Editorial Revista Colombiana Ltda., 95 ps. (Véase *La subversión del subdesarrollo*, ps. 9-40. Coautores: Hernán Jaramillo Ocampo y Alvaro Gómez Hurtado).
1969. Varios autores: *Una política conservadora para Colombia*. Bases para la nueva plataforma social del Partido, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 277 ps. (Véase *La política como humanismo*, ps. 29-46).

### *Conferencia*

1981. "Perspectivas económicas y sociales de Colombia en la década de los 80", en *La República*, Bogotá, suplemento Dominical, No. 125, 29 de noviembre, ps. 6 y 8

### *Referencia*

- Herrera Soto, Roberto: "Facetas del ideario de Belisario Betancur", en *La República*, suplemento Dominical, No. 234, 11 de abril de 1982.